

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Febrero 1961

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★ Precio 0'70 NF - N° 829-86

EL HOMBRE Y EL TIEMPO

LA CUNA FRÍA

El hijo se recibe con ardor humano o no se le convoca a la vida. Llegado, se le invita a cuna confortable, corazonada, no a nido de serpientes. Por la existencia suya debemos usar enteramente la nuestra.

El alma del niño debe alentar fecunda sonrisa. Llorar, cabe, para afirmar presencia y derechos. Lo llamamos, y le debemos pleitesía.

Llorar de espanto, en él es inconcebible, siendo limpia la ropa y cálidos los besos. Pero ya, lee el temor — más que la alegría — en los ojos de la madre, el ser que más se le aproxima y se le funde. El mundo se libra a la angustia.

Como siempre, el pan de mañana es inseguro; los padres siguen d'sputándolo en favor del hijo respectivo y contra el de familia ajena. Cuando la ciencia del trabajo da pan excesivo para todos. ¿Qué anarquía, entonces?

Como nunca, los niños que tanto amamos están destinados a la muerte, no a la Muerte. Apurar el ciclo de vida no es morir; es irse. Cortarle al hijo la existencia con hierros y fuegos, ése es el crimen, el atentado de la Humanidad contra sí misma; la muerte que el Hombre no merece y se procura.

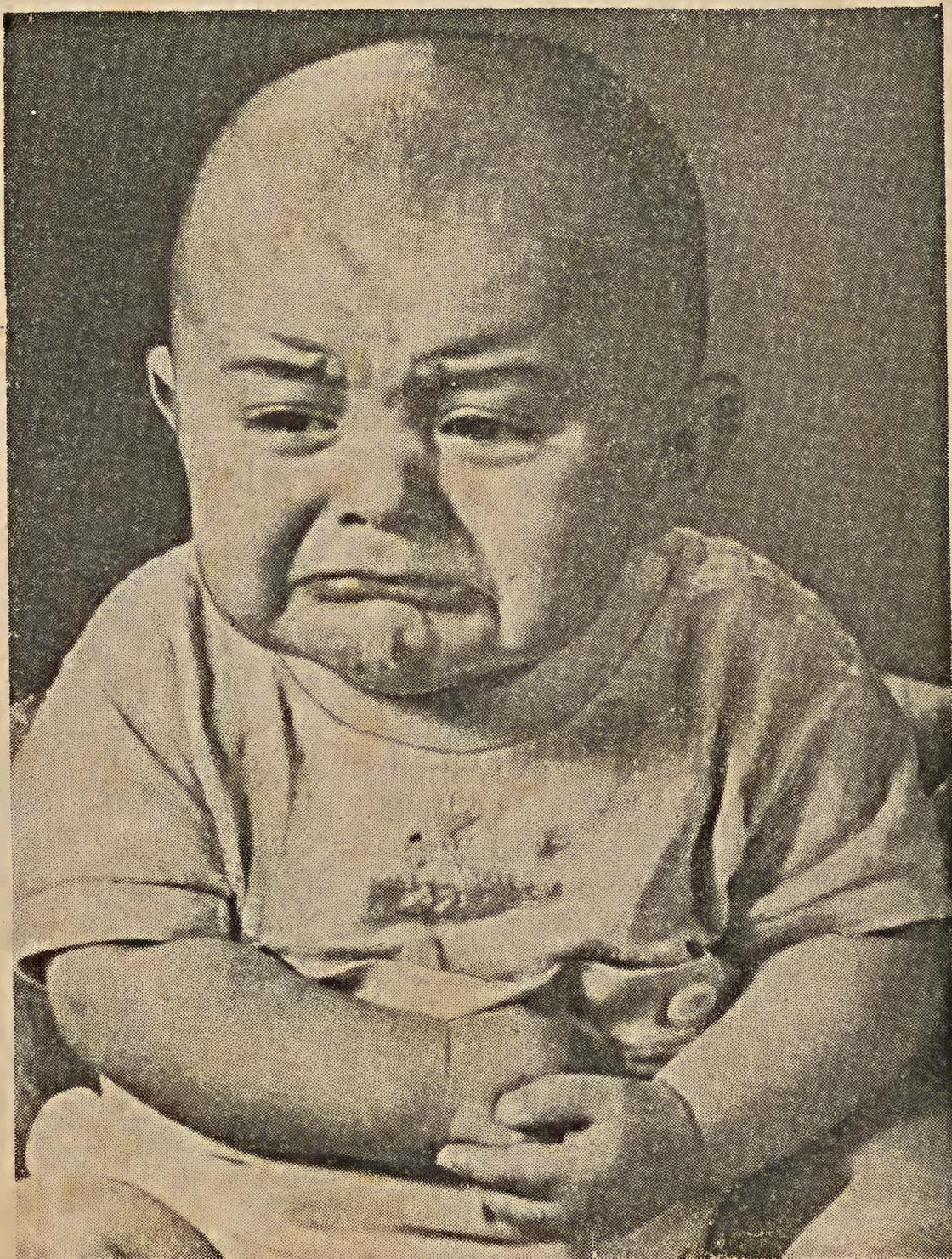
La furia de los irracionales se comprende, no así la de los hombres. En nuestros inferiores naturaleza es instinto. En nosotros superiores, la inteligencia priva. No hay disculpa.

Y menos disponiendo ya de algo más que hierros y fuegos: Disculpas para todos los genocidios, para todas las aberraciones; con rayos cósmicos robados al acerbo universal para destruirnos sin ni siquiera vernos ni odiarnos. Un día de naturaleza optimista, de sol aurífero, embriagante, puede equivaler al más aciago, el de la muerte estúpida, inexplicable. Razón, incomprendible para las bestias: la de Estado, esa deidad aberrativa tan adorada de los hombres.

Incluso el socialismo se ha legalizado y acuartelado. La noción de «libertad y vida íntegra» ha casi desaparecido. Al venir al mundo el niño es numerado, para soldado, no como entidad humana. Le damos vida para arrebatársela.

Siendo esto la Ley; la de la Angustia, señores.

J. PUIG D'AGUILERA



LA BESTIALIDAD INSTINTIVA

LEJANO queda el fratricidio de Cain desde el cual parece dominar toda una serie de crímenes, luchas y odios que el progreso no ha hecho más que acomodar al compás del tiempo, a la moda y a los métodos más perfeccionados. Los dogmas de todas las religiones, programas políticos y artículos de instituciones filosóficas, han sido elaborados en pro del amor al prójimo, equivalente a la extirpación de la barbarie y la brutalidad humana o, cuando menos, a amortiguar los irreprimibles excesos que la fiercecilla que cada cual llevamos dentro hace surgir al exterior. Debe ser innato en nuestro ser este instinto combativo tan antiguo como el mundo. La Naturaleza no puso mejor esmero al producir al hombre que al tigre o al tiburón. Dotó de instinto a la bestia; de inteligencia a la humanidad. Aquella se ha servido del don para satisfacción de sus necesidades alimenticias y procreadoras. ¿De qué ha servido la magnífica dote de su inteligencia al hombre, a juzgar por elocuentes ejemplos de bestialidad?

Los galos, en la remota época del 57, antes de Jesucristo, ya sentían esa fatal necesidad de guerrear, de luchar, de verter o hacer verter sangre aun sin ser atacados, ni en remotas perspectivas de peligros de vecindad. Tanto es así que al orgullo de una atlética

belleza unían el de la fuerza, la destreza en el manejo de las armas y, además, una salvaje valentía. Se entrenaban para la lucha entre hermanos que no se odiaban y se prestaban voluntaria y vanidosamente al espectacular torneo como signo de superioridad y a modo de obsequio al iorastero después de un opíparo festín, cuya apoteosis solía ser muchas veces la muerte de uno de los combatientes que en el fragor de sus pélicos ejercicios olvidaban los lazos fraternales, cerrábase su corazón, encendiase la sangre y cegaban la vista, enardecidos por los instigadores y entusiásticos clamores de «¡her! ¡her!», equivalente al «¡vohé!» de los romanos y los griegos... o a los que suele prodigar nuestro público, sediento de sangre, en cualquier velada púgil o de lucha grecorromana, o en cualquier coso taurino o estadio en una mala tarde de corrida o fútbol.

En la aparente tranquilidad submarina, la vida de unos animales transcurre en incesante lucha bajo el peso de una ley física inmutable que sorprende y emociona. Desde el más insignificante pececillo al cetáceo más poderoso; desde el crustáceo provisto de púas y antenas al más diminuto molusco, el instinto se revela en todas sus fases defensivas, conservadoras, reproductivas y sobre todo

agresivas, de tal manera que, en muchos casos estudiados por sabios ictiólogos, se inclina nuestro ánimo a considerar más inteligentes a esos seres inferiores que a la generalidad de la humanidad. Hay algo que nos pone veto a esta afirmación; sin embargo: el orgullo de pertenecer a ella. ¿Por qué si en el fondo del mar ese instinto se desarrolla tan «sabiamente» que el blando pulpo ejerce tal superioridad sobre la punzante y al parecer invulnerable langosta que la humilla, la inutiliza y se nutre de su carne dejando al fin todo el armatoste aparatoso completamente vacío, no podemos creer en una inteligencia, si no superior, cuando menos pareja a los «pulpos» que pululan sobre la faz de la tierra nutriéndose con la carne del esclavo moderno, anulando sus naturales defensas, explotando y extrayendo el sudor y la sangre derivados del trabajo?

El instinto de los seres inferiores también nos ofrece ejemplos de astucia. El cangrejo, símbolo de atraso, suele tener sus madrigueras en las rocas donde entre otras especies se desarrolla la sabrosa ostra, cuya concha abre ésta para apresar al inocente que se arriesga a husmear las nacaradas bellezas interiores de aquella misteriosa caja de Pandora; pero la cazadora es vencida cuando el cangrejo, echando a modo de cebo una pie-

drecilla en la concha abierta, le permite penetrar por la cavidad obligada y así poder echarse un banquete con toda impunidad.

El instinto de los animales viene a demostrarnos en una infinidad de cosas, que sería largo enumerar, el paralelo existente entre éste y la bestialidad instintiva de una gran parte de la humanidad. El ser más perfecto tiene crisis temporales durante las cuales pierde el equilibrio mental y se coloca al nivel de cualquier criatura zoológica. En tal trance, se escurre un dilema: víctima o victorioso. Por inocencia, indiferencia y pereza, en el primer caso; por demencia, maldad innata, soberbia, egoísmo, espíritu absorbente —tirania—, en el segundo.

Si el hombre posee, entre otros, este mágico don de la inteligencia que le permite pensar, estudiar, comparar y analizar, ¿por qué se resigna, en muchos casos, al estúpido papel pasivo de inefenso ser como los señalados? ¿De qué le sirve ese privilegio, ese don, si no lo estimula, educa y ejercita en bien de la humanidad que, aun en sentido meramente egoísta, ha de favorecerle individualmente?

De tal resignación y abatido espíritu, de lucha, de estudio, de trabajo, se han aprovechado siempre los tiranos y tiranuelos de toda laya, convertidos dentro de la sociedad en «pulpo» de menor cuantía obedientes por necesidad, ambición o pavora al gran «pulpo», cuyos tentáculos abarcan todo el globo. Vaciar la gran bolsa o cortar las extremidades del monstruo sería la definitiva solución de un problema tiempo ha planteado y que importa tanto a los que ahora se encuentran más trágicamente presionados como a los que tarde o temprano han de sentir parecidos efectos de asfixia por lejanos que se hallen de las fauces de la bestia.

Vieja se ha hecho la canción que en lo sucesivo no podrá entonar a coro ningún pueblo: «Agua que no has de beber, déjala correr...»; tendrá que ser reemplazada por otra letrilla menos pasiva y música menos frívola. Cuando la locura de ciertos estadistas amenaza al mundo; cuando los cesaristas pretenciosos y malvados conculcan el Derecho Internacional; cuando hasta las leyes religiosas fracasan y son convertidas en mito por la fuerza de las armas; cuando, en fin, la decantada fraternidad sufre colapso tan grave como el actual, es, sencillamente, que la bestialidad instintiva se abre paso, y urge cerrarle el camino.

Quien permanezca indiferente ante el incendio, la barbarie y la injusticia que asolan al pueblo ibérico, no hará más que retardar la posibilidad de su extinción, y en tal paréntesis la llama puede extenderse y propagarse hasta lo infinito. La lección de España puede ser provechosa para los pueblos hermanos amantes de su independencia, su soberanía y su libertad. Los lobos acechan traidoramente. Dormir confiado a la intemperie equivale al suicidio. No deis carne a la fiera: luchad hasta aniquilarla.

CARLOS COSTAS ALVAREZ



Notabilidades de la época: Cocteau, Domínguez y Picasso reunidos

Libertad y autoridad en la educación

Los límites de la libertad

El problema de la educación puede ser considerado desde diferentes puntos de vista: el del Estado, del maestro, de los padres, e inclusive, aunque generalmente se lo olvide, del mismo niño. Cada uno de estos puntos de vista, resulta parcial. Todos contribuyen en algo al ideal de la educación, pero también encierran elementos negativos. Los examinaremos sucesivamente, y veremos qué se puede decir en su favor, y qué merece ser criticado.

La educación y el Estado

Comenzaremos por el Estado, ya que es la fuerza más poderosa para establecer lo que debe ser la educación moderna.

El interés que el Estado demuestra por la educación, es un hecho reciente. No existía en la antigüedad o en el medievo, y hasta el renacimiento la educación fue considerada como un hecho interesante, sólo por la Iglesia. El Estado no desempeñó ningún papel decisivo o permanente, hasta que se produjo el moderno movimiento en favor de la enseñanza universal obligatoria. Sin embargo, en la actualidad, el Estado influye más sobre las instituciones escolares, que es la suma de todos los otros elementos. Múltiples son las razones que condujeron a la implantación de la enseñanza universal obligatoria. Sus partidarios más convencidos estaban animados por la idea de que el hecho de poder leer y escribir, es en sí mismo, algo beneficioso, que una población ignorante es una vergüenza para un país civilizado, y que sin instrucción la democracia es imposible de lograr.

La principal razón para adoptar la educación universal, fue el carácter deshonesto con que se consideró al analfabeto.

Una vez que esta institución se estableció firmemente, el Estado la consideró útil para distintos fines. Hace que los jóvenes sean más dóciles, para el bien y para el mal. Morigera las costumbres y reduce los crímenes, facilita los actos colectivos de utilidad pública, permite que la comunidad sea más fácilmente dirigida por un organismo central. Sin la educación universal, la democracia sería sólo una mera forma sin sentido. Pero la democracia, tal como ha sido concebida por los políticos, es una forma de *gobierno*, es decir un método para hacer que el pueblo haga lo que sus dirigentes deseen, con la impresión de que en el fondo el pueblo realiza lo que realmente quiere. De acuerdo a ello, la educación brindada por el Estado, ha tomado un carácter especial. Enseña a los jóvenes, en la medida de lo posible, a que respeten las instituciones existentes, eviten toda crítica fundamental de los poderes instituidos, y consideren a los otros países con desprecio y desconfianza. Además, refuerza la

LA libertad, en la educación como en otros terrenos, es un problema de medida. Cierta tipo de libertad resulta intolerable. En una oportunidad conocí a una señora que sostenía que todos los niños tenían derecho a hacer lo que quisieran, dado que el niño debe desarrollar su naturaleza, interiormente. «¿Y si su naturaleza lo lleva a tragar alfileres?» pregunté. Lamento tener que decir que la respuesta estuvo llena de vituperaciones. Y sin embargo, todo niño abandonado a sí mismo, tarde o temprano tragará alfileres, se envenenará con los medicamentos, se caerá de una ventana, o se matará de alguna otra forma. Cuando sean un poco más grandes, si no se los educa, los niños estarán sucios, comerán demasiado, fumarán hasta enfermarse, se enfriarán por tener los pies húmedos, etc. Sin mencionar que se divertirán, burlándose de las personas mayores, que desgraciadamente no tienen toda la rápida respuesta del profeta Elías. El partidario de la libertad en la educación, en realidad no puede pensar que el niño deba hacer lo que quiera, durante todo el día. Debe existir un elemento de coacción eficiente. El problema es saber en qué medida y en qué manera debe ser ejercitada.

por **Bertrand RUSSELL**

solidaridad nacional, a desmedro del internacionalismo y de la evolución del individuo. La restricción del desarrollo del individuo se produce por un excesivo predominio de la autoridad. Se estimulan más las emociones colectivas que las de carácter individual, y el hecho de no aceptar las creencias predominantes, resulta severamente castigado. Se trata de crear una uniformidad, ya que ella resulta más cómoda para los gobernantes, pese al hecho que pueda lograrse sólo mediante una atrofia de la inteligencia. Los males que por ello se producen, son tan grandes, que uno puede preguntarse si ha hecho más bien que mal.

Papel desempeñado por el maestro

En el mundo moderno el maestro de escuela tiene raramente la posibilidad de concebir ideas propias. Ha sido designado por una autoridad en educación, y es «eliminado», si en realidad trata de educar a alguien. Inclusive el mejor de los maestros, tiene tendencia a exagerar su importancia, y a juzgar posible y conveniente, el modelar sus alumnos de acuerdo a la concepción del ser humano, que le parece mejor. Esta actitud, que se manifiesta en forma diferente, de acuerdo a la distinta edad, es un hecho natural en todos los maestros de escuela que se preocupan por su trabajo, sin considerar la influencia engañadora que significa su propia valoración exagerada. Sin embargo, el maestro es el mejor de los factores relacionados con la educación, y en él es donde puede realizarse el verdadero progreso.

Papel desempeñado por los padres

Trataré ahora el punto de vista de los padres, que varía de acuerdo a su situación económica. El asalariado de tipo medio, desea algo totalmente distinto a lo que quiere una persona que ejerce una profesión liberal. El primero desea enviar sus niños a la escuela cuanto antes, para estar más tranquilo en su casa, y que terminen sus estudios lo antes posible, para beneficiarse con su trabajo. El pro-

fesional tiene una concepción diferente. Su situación se debe al hecho que ha tenido una educación superior al término medio, y desea que sus hijos gocen de las mismas ventajas. Con tal objeto está dispuesto a realizar grandes sacrificios.

El defecto esencial de los padres, en nuestra sociedad, hecha sobre la base de la competencia, es querer que sus hijos sean motivo de orgullo. Es una idea profunda, transformada casi en instinto y puede ser corregida sólo mediante un esfuerzo consciente. En la madre también existe, aunque en menor grado. Todos hemos sentido en forma instintiva, que el éxito de nuestros hijos nos da un poco de gloria a nosotros mismos, y que sus fracasos nos avergüenzan. Desgraciadamente, los éxitos que nos llenan de orgullo, a menudo son de un tipo no deseable. Desde los comienzos de la civilización, hasta casi nuestros días, los padres han sacrificado la felicidad de sus hijos en el matrimonio, decidiendo con quién debían casarse, eligiendo casi siempre el novio o la novia más rica que podían encontrar. En el mundo occidental, por su rebelión, los niños se han liberado de esa esclavitud, pero el instinto de los padres no ha cambiado. El padre típico no desea ni la felicidad ni la virtud para su hijo, sino el éxito mundano. Desea que sea un tipo tal, que él pueda vanagloriarse con sus amigos, y ese deseo domina en gran parte los esfuerzos que realiza para educarlo.

Respeto ante la naturaleza del niño

Para que la autoridad sea el principio rector de la educación, debe apoyarse en uno o varios de los elementos que ya hemos enumerado: el Estado, el maestro y los padres. Hemos visto ya que ninguno de ellos puede ser considerado capaz de realizar la felicidad del niño, dado que todos quieren que el niño sirva a un fin, que nada tiene que ver con su propia felicidad. El Estado quiere que el niño sirva al desarrollo de la nación, y que sea sostenido de la forma de gobierno existente. El

maestro, en un mundo basado en la competencia, considera generalmente a la escuela, como el Estado considera a la nación, y desea que el niño haga honor a la escuela. Los padres quieren que el niño haga honor a la familia. El niño es en sí mismo un fin, como individuo que desea la parte de felicidad y de bienestar que le corresponde y en realidad desempeña un papel en todos esos fines exteriores a él mismo, sólo en forma parcial. Desgraciadamente el niño no posee la experiencia necesaria para poder guiar su propia idea, y en consecuencia es víctima de los siniestros intereses que explotan su inocencia. Estas son las razones que hacen que la educación sea un problema político. Pero primero veamos qué es lo que puede decirse desde el punto de vista del propio niño.

Resulta evidente que la mayoría de los niños, si estuvieran abandonados a sí mismos, no aprenderían a leer ni a escribir, y crecerían menos adaptados que lo que debieran, a las circunstancias de la vida. Deben existir las instituciones educacionales, y los niños, en cierta medida, deben estar sometidos a una autoridad. Pero dado que ninguna autoridad puede ser aceptada en su totalidad, tenemos que tratar de limitarla en la medida de lo posible y buscar la forma mediante la cual puedan ser utilizados los deseos e impulsos característicos de los jóvenes. Esto resulta mucho más factible en la mayoría de los jóvenes. El pedagogo típico que posee conocimientos y no sabe transmitirlos, y sin embargo dedica su habilidad a ello, piensa que los jóvenes tienen una natural repulsión por instruirse. En realidad su error se debe a que no saben valorizar su propia incapacidad. Hay un encantador cuento de Chejov, en el que un hombre trata de enseñar a un gatito, cómo debe cazar las ratas. Cuando el gato no las perseguía, el hombre le pegaba, lo que hizo que el gato temblara de terror en presencia de una rata, inclusive cuando fue grande. Chejov agregaba: «El gato es, para mí, el hombre que me enseñó latín». Ahora bien, las ratas enseñan a sus hijas cómo cazar las ratas, pero por lo menos

Libertad y autoridad en la educación



esperan a que el instinto se haya despertado. Por ello los gatitos reconocen que su madre tiene razón, que esa ciencia vale la pena de ser aprendida, y en consecuencia no es necesario que exista una disciplina.

Los dos o tres primeros años de la vida, han escapado hasta ahora al imperio del pedagogo, y todas las autoridades están de acuerdo en que se trata de los años en que aprendemos más. Todo niño aprende a hablar por su propio esfuerzo. Quien haya observado a un niño, sabe que el esfuerzo necesario para lograrlo es intenso. El niño escucha atentamente, observa los movimientos de los labios, practica la pronunciación de los sonidos durante todo el día, y se concentra con dedicación sorprendente. Cierto es que los adultos lo estimulan mediante elogios, pero no se les ocurre castigarlo el día en que no ha aprendido una nueva palabra. No hacen más que brindarle atención y elogios. Resulta dudoso si en realidad es necesario hacer algo más, en cualquier otro período de la vida.

La educación debe estar en contacto con la vida

Es preciso que el niño o el joven, comprenda que los conocimientos son necesarios. A veces esto resulta difícil, porque en realidad, no lo son realmente. También resulta difícil cuando sólo ciertos conocimientos, en un solo sentido, son útiles, de manera que el alumno, desde el comienzo se siente aburrido. Sin embargo en tales casos, la dificultad no es insuperable. Tomemos, por ejemplo, la enseñanza de las matemáticas. Sanderson, de Oundle, descubrió que casi la mayoría de sus alumnos estaba interesada por la mecánica, y les dió la posibilidad de construir máquinas bastante complejas. Durante los trabajos prácticos, se vieron obligados a efectuar cálculos, y esto provocó el interés por las matemáticas, que era esencial para conseguir el éxito de las construcciones que tanto les interesaban. Este método es caro, y exige una paciente habilidad de parte del maestro. Pero sirve al instinto del alumno, y en consecuencia puede lograr un esfuerzo intelectual más intenso, con menos fatiga. El esfuerzo es un hecho natural en los animales y en el hombre, pero debe tratarse de un esfuerzo para el que exista un estímulo instintivo. Un partido de fútbol exige más esfuerzo que el cumplir una penitencia; sin embargo el primero es una diversión, y el otro un castigo. Es un error el suponer que el esfuerzo mental pueda ser raramente un placer. Lo que es cierto, es que algunas condiciones son necesarias para que resulte agradable, y por lo menos, hasta hace muy poco, nunca se ha intentado crearlas en la educación. Las materias y métodos

de enseñanza, deben estar adaptados a la inteligencia del alumno. Después de superar un mínimo estricto de conocimientos, se deberán considerar los diferentes gustos, y los alumnos deberían aprender sólo lo que les resulta interesante. Esto significa un mayor esfuerzo para el maestro, que considerara más fácil enseñar una sola disciplina, especialmente si tiene exceso de trabajo. Pero tal dificultad puede ser superada dando a los maestros menos tiempo de trabajo, y educándolos en el sentido pedagógico, tal como se hace en la actualidad en las escuelas elementales, con los practicantes, y desgraciadamente, no con los profesores de universidad o de escuela secundaria.

Libertad de elección

La libertad en materia de educación, tiene numerosos aspectos. El primero es la libertad de aprender, o de no hacerlo. Luego se trata de la libertad respecto a lo que hay que aprender. Por último en la educación más avanzada, existe la libertad de opinión. En la infancia la libertad de aprender o no aprender, puede ser acordada sólo en forma parcial. Es necesario que todo el que no sea un retardado, aprenda a leer y escribir. Pero a partir de los 14 años, yo dejaría que los niños puedan especializarse libremente. Al principio la especia-

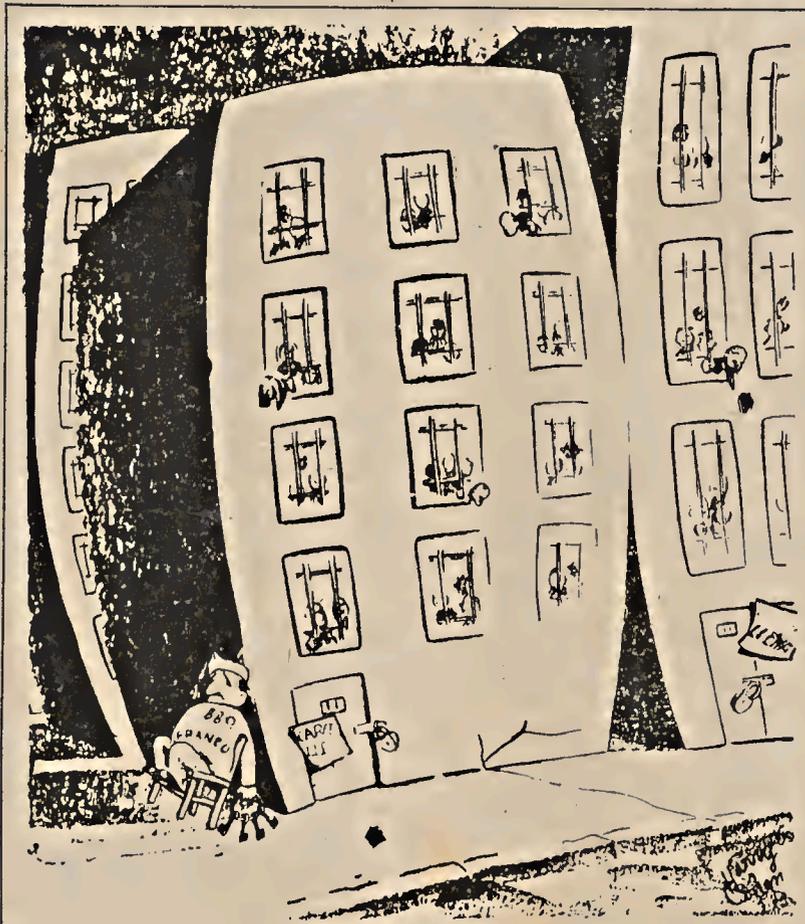
lización deberá ser muy amplia, haciéndose cada vez más restringido, a medida que el proceso educativo avance. Ha pasado la época en que era posible tener conocimientos universales. Un hombre diligente debe tener conocimientos de historia y literatura, lo que significa el saber lenguas clásicas y modernas. O debe conocer algo de matemáticas, o una o dos disciplinas científicas. El ideal de la educación «universal» resulta viejo y se ha visto destruido ante los progresos del conocimiento.

Libertad de opinión

La libertad de opinión de los maestros y alumnos, es lo más importante de las distintas formas de libertad, y la única que no requiere limitación alguna. En el terreno de la inteligencia, los jóvenes se sentirán más interesados por un problema, si éste lo lleva a confrontar distintas opiniones. Por ejemplo un joven que estudie economía política, deberá estudiar la opinión de los individualistas, socialistas, proteccionistas, librecambistas, inflacionistas, y partidarios del patrón oro. También deberá ser estimulado para que lea los mejores libros, de las distintas escuelas, de acuerdo a los que recomiendan los que creen en ellas. Esto le enseñará a sopesar los distintos argumentos y pruebas, y a

saber que no hay opinión absoluta, y a juzgar a los hombres por sus calidades, y no de acuerdo a ideas preconcebidas. La historia debería ser enseñada, no sólo desde el punto de vista de un solo país, sino también de acuerdo a los conceptos que existen en los otros países. Si la historia fuese enseñada por los franceses en Inglaterra y por los ingleses en Francia, no habría desacuerdos entre los dos países, ya que ambos comprenderían el punto de vista que el otro sostiene. Un joven debería aprender a pensar que todas las cuestiones son amplias, y que los argumentos hay que seguirlos hasta el fin. Las necesidades prácticas, destruirán tal actitud cuando se vea obligado a ganarse la vida, pero hasta ese momento, el joven debería ser estimulado para que guste los goces de la libre especulación.

Quando la escuela acepta, como parte de su misión, la enseñanza de una opinión que no puede ser defendida intelectualmente, tal como lo realizan prácticamente todas las escuelas, se ve obligada a dar la sensación de que todos los que tienen una opinión contraria, son malos, ya que en otra forma no podría crear la pasión necesaria para oponerse a la lucha contra la razón. Por ello, por defender una posición ortodoxa, los niños se transforman en seres intolerantes, crueles, belicosos, y sin sentido de la indulgencia. Esto resulta inevitable, mientras las opiniones categóricas subsistan en el aspecto político, moral y religioso. Por último, podemos decir que ese mal moral para el individuo produce un mal enorme a la sociedad. Las guerras y persecuciones se encuentran por doquier, y ello ha sido posible gracias a la enseñanza que se da en las escuelas. La imposición de ideas es la causa de ese mal. Las autoridades responsables de la educación no consideran al niño, como se dice que la religión lo considera, es decir, como seres humanos que tienen un alma que debe ser salvada. Lo toman como un material que puede ser utilizado para programas sociales grandiosos: futuras «manos» en las fábricas, «bayonetas» en la guerra, o cualquier otra cosa. Ningún hombre es capaz de educar, si no considera que cada alumno es un fin en sí mismo, por derecho propio y personalidad propia, y no sólo una pieza de un rompecabezas, un soldado de un regimiento, o un ciudadano del Estado. *El respeto de la personalidad humana es el principio de la sabiduría, en todo problema social, y antes que nada, en la educación misma.*



Reeducación de España...

Un rato con el maestro Pahissa

DESDE hace tiempo tengo el honor de conocer al maestro Jaime Pahissa, y a través de varias conversaciones que con él sostuve, he visto la posibilidad de realizarle una entrevista a fin de inquirirle sobre algunos aspectos del mundo musical, con el propósito de trasladar a estas páginas su opinión, que, en base a sus altos antecedentes creo ha de constituir un interesante material para nuestros lectores.

Es así como me encaminé una tarde a su pequeño y simpático estudio, ubicado en su departamento de la Plaza del Congreso en Buenos Aires allí le encontré y me recibió con la cordialidad de siempre, con su sonrisa franca y esa clásica hidalguía española, que a pesar de la distancia —en tiempo y en kilómetros— aún conserva el ilustre músico catalán.

No obstante haber nacido en 1880, al enfrentarlo, nos encontramos con un espíritu joven y vivaz, en la plenitud de sus facultades creadoras. Hablar de los antecedentes del maestro Jaime Pahissa es tarea casi redundante, pues su figura así como su importante obra son sobradamente conocidas en el mundo entero. Asimismo, quisiera —en pocas palabras— volcar en estas páginas algunos momentos importantes de su vida, a lo largo de su trayectoria artística.

Hijo de un hogar de profunda raigambre artística, nació don Jaime Pahissa y Jo en Barcelona (España) el 6 de octubre de 1880, y de su padre—distinguido dibujante y pintor— recibió las primeras lecciones musicales, siendo luego alumno del pianista y compositor Francisco Laporta. A pesar de su entrañable amor por la música, defectos propios de la enseñanza de la época, como la dura técnica de la posición fija, obraron en forma contraproducente en el espíritu del joven, a tal punto que abandonó momentáneamente dichos estudios.

Finalizado el bachillerato, se abocó al estudio de arquitectura y ciencias exactas y naturales en la Universidad de Barcelona, y más adelante, nuevamente se manifestó en él la vocación musical, entregándose de lleno a su aprendizaje, esta vez con el maestro Enrique Morera. Su espíritu de creador musical se concretó en breve tiempo, y la arquitectura fué abandonada definitivamente. Así comenzó a aparecer su nombre junto a unas breves ilustraciones musicales para coro y arpa destinadas a representaciones de «Edipo Rey» de Sófocles y «Prometeo Encadenado» de Esquilo. Mas su primera obra de importancia es un «Trio» para orquesta de cuerda, estrenado en 1905 por el director Manuel Martí. El éxito obtenido le valió el encargo de una obra escénica en un acto y cinco cuadros, titulada «La Prisión de Lérida» (sobre poema de Adrià Gual), que vió la luz en 1906 en el Teatro Principal de Barcelona, alcanzando más de 100 representaciones. En noviembre del mismo año se presentó dirigiendo un concierto sinfónico con obras propias, obteniendo un éxito singular. El pro-

grama incluía: «Estudio sinfónico», «Aria», los poemas sinfónicos «El combate» y «De las profundidades a las alturas», «Balada» para canto y orquesta, un fragmento de su primera ópera «Gala Placidia», «Trio» y la obertura «En las costas mediterráneas».

En 1909, con la Orquesta Sinfónica de Barcelona estrena su poema «El camino», provocando airadas discusiones sus armonías avanzadas. Por su parte, la Orquesta Filarmónica de Madrid, bajo la dirección del maestro Pérez Casas, da a conocer en 1917, la «Obertura sobre un tema popular catalán», haciendo lo propio en 1919 la Sinfónica de Barcelona dirigida por el Maestro Lamote de Grignon, con el poema sinfónico «Noche de ensueños». En noviembre de 1921, la

Orquesta Pablo Casals estrena la «Sinfonietta», para gran orquesta de cuerda, predominando en cada uno de sus tiempos los tres elementos fundamentales de la música; en el «Preludio», la armonía (del tipo intertonal), en el «Andante», la melodía y el polifonismo, y en el «Final», la fuerza rítmica. La citada orquesta también dió a conocer «Monodia» (1925), y en octubre de 1926 la «Suite Intertonal», obra de tipo más avanzado, en la que Pahissa emplea su sistema «intertonal», o sea de la «disonancia pura». Como era de esperar, y tal como sucede con toda obra irsólita, suscitó las más encontradas opiniones.

Aparte de las obras líricas mencionadas más arriba, escribió Pahissa varios trabajos más para la escena, tales como: «Canigó» (1910), sobre el poema de J. Verdaguer, «La Morisca» (1919), un acto sobre libro de Eduardo Marquina, «Marianela» (1923), tres actos sobre la novela de Galdós con libreto de los hermanos Alvarez Quintero, y «La Princesa Margarita» (1928), ampliación de la primitiva «La Prisión de Lérida». Estas últimas son las óperas de Pahissa que han alcanzado mayor número de representaciones, y junto con las demás, fueron estrenadas en el célebre Teatro Liceo de Barcelona.

Entre su abundante producción de cámara citamos: para piano,

«Piezas líricas», «Escenas catalanas», «Piezas espirituales», tres cuadernos de «Fugas a 2 y 3 voces», «Piezas infantiles», «Piezas poéticas», «Rondino», etc.; una sonata para violín y piano, una «suite» de cuatro pequeñas fugas a tres voces para orquesta de cuerda, otra de 6 canciones populares para pequeña orquesta, un cuarteto para instrumentos de arco, un trio para flauta, oboe y tambor, así como una gran variedad de páginas para canto y piano, y corales.

Es autor también de los ballets «Bodas en la montaña» y «Pastoreta», este último representado por toda América, en especial en el Carnegie Hall de New York. Entre sus obras sinfónicas debemos agregar dos sinfonías: «Canto y cortejo nupcial», «Dos danzas catalanas», «Obertura para una farsa», etcétera.

A causa de la guerra civil, Pahissa abandona España y se dirige hacia América con su señora esposa, doña Montserrat Campá y de Travay, y sus tres hijos de corta edad, radicándose en la Argentina. Ya en Buenos Aires compone un «Nocturno» para violoncelo y piano, que el célebre Pablo Casals estrena en el Teatro Colón, y un «Canto a la vendimia», que obtiene el pri-

(Buenos Aires). También en la capital argentina en la Sala Ricordi, Salón del Consejo de Mujeres, Asociación Cristiana de Jóvenes, Casal de Cataluña, y en las radios Excelsior, Splendid y Nacional, debiendo agregar gran cantidad de entidades de Rosario, Tucumán, Concordia, San Rafael, y la Universidad de Montevideo (Uruguay).

Son inmensos sus trabajos sobre distintos aspectos del arte, habiendo publicado entre otros, en los siguientes diarios: «La Publicidad» y «Las Noticias» (Barcelona); «El Sol» y «El Heraldo» (Madrid); «La Nación», «La Prensa», y «El Sol» (Buenos Aires), y en las revistas: «El Teatro Catalán», «Revista Catalana», «Crónicas de Arte», «Vibraciones», «El Destino» (Barcelona); «El Figaro» (Madrid); «Ressorgiment», «Catalunya», «Aquí está», «Leoplán», «Arte y Letras», «Lyra», «Cabalgata», «Polifonía», «Buenos Aires Musical», «Euterpe», «Esto Es», «Intermúsica» y «Ricordiana» (Buenos Aires), y en varias del interior de la República y del continente americano.

En su calidad de musicólogo ha editado varios libros, a saber: «Cultura Musical» (Conservatorio de Barcelona); «Los Grandes Problemas de la Música» (Ed. Poseidón-Bs. As.); «Espíritu y Cuerpo de la Música» (Ed. Hachette, Bs. As.); «Vida y Obra de Manuel de Falla» (Ed. Ricordi Bs. As.); «Sendas y Cumbres de la Música Española» (Ed. Hachette-Bs. As.), etc. Ha traducido del inglés, con prólogos propios: «La Música de España» de Gilbert Chase, «Mozart» de Marcial Davenport y «Guía de la Audición Musical» de Theoder Finley (todas editadas por Hachette-Buenos Aires).

También es de destacar que don Jaime Pahissa ha dirigido

por Santiago J. LABANDERA

mer premio en la ciudad de Mendoza (1940).

Con destino a la escena, compone la «Cantata en la tumba de Federico García Lorca», de Alfonso Reyes, por encargo de la eminente actriz Margarita Xirgu, que en la estrenó con resonante éxito en 1937, y para la misma intérprete, unas ilustraciones musicales a la comedia «Angélica» de Leo Ferrero, estrenada en Montevideo. En 1946 se representa su ópera «Marianela» en el Teatro Colón, dirigiendo luego conciertos en dicho teatro, en Rosario, La Plata, Mendoza y en otras ciudades del interior, y en Montevideo. En 1947 se le nombra director de la Orquesta Sinfónica Municipal de Buenos Aires (hoy extrañamente llamada «Filarmónica» de Buenos Aires), y al frente de la misma se presenta nuevamente los años 1949 y 1950 en el Auditorium de Mar del Plata.

Su labor como disertante es también amplísima, registrando en su haber importantes conferencias y cursillos realizados en la Universidad de Barcelona, Radio Barcelona, Lyceum Club y Sindicato Musical, también de la citada ciudad. En la Argentina, en las Universidades del Litoral (Santa Fe), La Plata, Tucumán y Córdoba; en los Teatros Rivera Indarte (Córdoba), Coliseo Podestá (La Plata), Ateneo y Ariel



Falla (dibujo de Picasso).

Un rato con el maestro Jaime Pahissa

conciertos, aparte de España y América, en Alemania, Francia, Italia y Bélgica, y que tuvo el privilegio de conocer a maestros como Albéniz, Granados, Falla, Vives, Turina, Stawinsky, Ravel, Ricardo Strauss, Schönberg, Max von Schillings, Weingartner, Bruno Walter, Koussevitzky, y fuera del terreno musical a Unamuno y Einstein. Si tuviese que continuar la lista, no bastarían tal vez las presentes páginas.

Y finalizando esta síntesis biográfica, y como si fueran pocos los méritos del gran maestro catalán — a quien debemos colocar a la cabeza de los compositores españoles contemporáneos — quiero recalcar que durante su permanencia en España, ocupó importantes cargos, como el de director de la Escuela Municipal de Música de Barcelona, y profesor de Estética y Cultura General en el Conservatorio del Liceo de Barcelona, entre los años 1933 al 36, ostentando también el título de académico correspondiente en Buenos Aires, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (España), otorgado por unanimidad en el año 1951.

★

Y vayamos a la entrevista. Para comenzar, abordé al Maestro Pahissa con las siguientes preguntas:

1) — ¿Qué nos puede decir maestro, acerca de la carencia de una personalidad musical en España durante el clasicismo?

2) — ¿Cree usted que la música española, después de Falla y Turina puede contribuir con Halffter, Rodrigo y los demás compositores contemporáneos españoles, a llenar aquel vacío?

—La contestación a la primera pregunta está en el segundo capítulo de mi libro «Sendas y cumbres de la música española» (Ed. Hachette, Buenos Aires). La tesis que sienta en este capítulo es la siguiente: Cuando España llega a la cumbre de su poder y empieza su decadencia material y política, siglos XVI y XVII, tiene grandes hombres para todo. También tiene grandes artistas. Y entre ellos, grandes músicos. En un tiempo fueron contemporáneos Cervantes, Lope de Vega, Tirso, Góngora, Quevedo, los pintores Ribera y Velázquez, y los músicos Morales y Guerrero de Andalucía, Victoria de la Avila de Castilla, y Brudieu de Cataluña. Pero sigue la decadencia del poder político y va apagándose también con él el esplendor espiritual, y por tanto, también la creación musical. Pero coincide la decadencia española con el gran desarrollo del arte musical. Cuando España llega al nivel más bajo de su vida —

siglo XIX — la música universal alcanza el máximo esplendor. Y cuando España empieza su resurgimiento, la música universal — llegada a su cima — empieza su decadencia, y uno de sus aspectos es su diversión en las escuelas nacionales. Por esto la producción de los músicos españoles (y con ello respondo a la segunda pregunta), se manifestó en el estilo folklórico, pero más especialmente en el de una sola región española, la de Andalucía, y de ésta la expresión gitana. Durante la época de la decadencia los compositores españoles escribieron obras de género menor; las tonadillas, por ejemplo, y luego las zarzuelas, creaciones éstas de baja calidad, tanto artística como técnica.

El resurgimiento de la música culta española, como he dicho, se realizó en el sentido folklórico, especialmente andaluz; así son la mayoría de las obras de Albéniz, Granados, Turina, Falla. Y además, con el acento dieciochesco de la maja y el torero. Este estilo es el que cultivaron los actuales como Rodrigo y Halffter. Yo, que no tengo nada que ver con el andaluz y el gitano, ni la maja y el torero; yo, hijo de Cataluña del Mediterráneo frente a Italia, y de ascendencia romana y gótica, después del dominio de la gran técnica de la composición, me entregué, al iniciarse el siglo, a la creación musical de alto aliento, sin base alguna en la producción, nula de la gran música en aquel tiempo en España, a crear obras que continuaran la tradición universal, llevada a tan alta cima por los genios que culminaron en Wagner, y creé mis poemas sinfónicos, mis lieder, mis óperas, en las que había pasos más avanzados frente a lo creado hasta entonces. Falla, que empieza sobre el estilo folklórico andaluz gitano, va elevándose en su carrera hacia horizontes más amplios y de sentido universal, llevado al mismo tiempo con una técnica fina y perfecta como no la tenían sus contemporáneos. Así llegó a la composición de «La Atlántida», el poema grandioso del poeta catalán Verdaguer. Y en catalán, y adaptada por Falla mismo está la letra del poema.

3) — ¿Usted, maestro, que fué tan amigo de don Manuel de Falla, puede decirnos algo de su obra póstuma «L'Atlántida», que todos ansiamos conocer?

—Yo, a pesar de haber pasado con Falla muchas horas durante el último septenario de su vida (decía que ésta estaba

dividida en periodos de siete años), transcurridos en Alta Gracia de esta Argentina, con motivo de escribirle su biografía por encargo de la Editorial Ricordi, y de haber hablado de su última producción musical muchas veces, nunca le pedí que me hiciera oír algo de su música porque yo sabía cuán cuidadoso era en su trabajo y cómo le podría molestar o el tener que decirme que no o el hacerlo sin el debido estado de cosa acabada y definitiva. Me dijo, sí, que tenía terminados algunos pasajes; que era como un gran oratorio, pero que también lo creía propio para la escena; y que el coro era el personaje principal. «L'Atlántida» fué empezada en el año 1926. En la biografía que le escribí explico cómo se inspiró para su concepción. Del año 26, al 46 en que murió, trabajó en ella. Pero a pesar de los 20 años transcurridos, mucho debió faltar cuando han pasado 14 años más desde que se encargó a Halffter que la terminara. La obra está en manos de la Casa Ricordi de Milán. Según noticias que he recibido del director de esta casa editora, ingeniero Valcarengi, «L'Atlántida» se estrenará durante la temporada del 60-61, en Milán, como ópera; en Barcelona, como oratorio, y en Cádiz, su ciudad natal.

4) — Hablando de usted, maestro, ¿qué actividades le han ocupado últimamente, y en cuanto a su creación musical qué está realizando?

—Mi actividad es constante. Desde hace tiempo estudio y busco formular las leyes fundamentales de la música y del arte en general, que a veces se extienden a conceptos de tipo más trascendente. En este orden, he terminado un libro: «La música y el hombre». También un ballet empezado tiempo atrás: «Una madrugada de Carnaval».

5) — ¿Qué nos puede expresar respecto al panorama musical en la Argentina, y acerca de la música y los músicos argentinos?

—Desde más de veinte años que resido en la Argentina, he visto aumentar de un modo impresionante su ambiente musical. En todo el país ha crecido el número de sus orquestas sinfónicas, de sus conjuntos corales, muchos de ellos de la mejor calidad. Los conciertos, tanto sinfónicos como recitales de artistas, se llenan de un público joven lleno de ansia del goce musical. Hay que tener en cuenta que las manifestaciones de la música son el índice más alto de la espiritualidad de un



Jaime Pahissa

pueblo. Porque la música ha sido la última y más ideal y abstracta expresión de la sensibilidad humana.

En cuanto a los compositores argentinos, unos siguen las tendencias folklóricas, que, la verdad, en la Argentina no son de una gran variedad ni relieve. Los más jóvenes son adictos a las más osadas formas de las distintas escuelas modernas. Yo, como ya he dicho antes, no soy partidario ni del nacionalismo musical, ni tampoco de las escuelas que no sean consecuencia de la tan impresionante del romanticismo. Como ya he expuesto en otras ocasiones, la evolución del arte llega a un punto cumbre y clásico, en el que queda estacionada la creación artística. Esto se ve bien claro en la poesía: los cantos de la Biblia, los poemas homéricos, no han sido sobrepasados ni por «La Divina Comedia» de Dante, ni por «L'Atlántida» de Verdaguer. Podrán volar a su altura, pero más allá no.

6) — Para finalizar ¿recuerda, maestro, una anécdota de su vida?

—Muchas son las anécdotas que podría contar, ocurridas durante mi larga carrera en el arte. Contaré una, simple, pero graciosa: Se representaba en las Arenas de Barcelona, al aire libre, el poema de Verdaguer con música mía, «Canigó». La orquesta tenía que ser numerosa. Los contrabajos eran diez. En un ensayo me dí cuenta de que uno de ellos no marchaba a la par de los demás. Paré la orquesta y le pregunté qué hacía. Y él me respondió: «Es que yo, maestro, el instrumento sólo lo aguanto». Es que el encargado de formar la orquesta se encontró con dificultades (funcionaba el Teatro del Liceo y otros de zarzuela), y tuvo que tomar este músico sólo como figurón...

(Colaboración de «Euterpe» de Buenos Aires para SUPLEMENTO LITERARIO)

La unificación de la enseñanza de la Sociología en Latino-américa

En ejercicio de su mandato, Poviña ha contribuido a promover los eventos internacionales que han ensanchado notoriamente el acervo científico de nuestros pueblos. Las cuatro asambleas plenas reunidas en América, con indiscutible autoridad, han despejado la sistemática Sociología contemporánea.

Al detenernos en la primera parte del libro, de evidente utilidad didáctica para los estudiosos, quisieramos incursionar en la segunda parte que se refiere a la unificación de los programas para la enseñanza de la Sociología, que es un tema que Poviña lo desarrolla con precisión y sagacidad intelectual.

Las referencias acerca de una tentativa para que fuera adoptado un programa común que rigiera en las Universidades del Continente, señalan las proporciones de diferentes tratadistas que han convergido hacia esta meta, formulando los puntos capitales que debe contener un esquema de aplicación internacional. Ya nos habíamos ocupado de este mismo problema en la revista boliviana «Khana»; empero, como la publicación del doctor Poviña concede actualidad al tema que fué debatido en el Tercer Congreso de Sociología, pretendemos darle nueva difusión por las conexiones que tiene con el trabajo funcional dentro de nuestras casas de estudio.

El programa básico común

La forma de concebir e interpretar los fenómenos del vivir colectivo, en concordancia con las realidades del hombre, exige una serie de estudios organizados que deben partir de la visión panorámica de la ciencia en todos sus tanteos de investigación, para llegar a las situaciones actuales y a las futuras perspectivas, seleccionando una cultura docente, provechosa para la transmisión del saber social a los alumnos.

Postulando estos fines fueron enunciadas las bases de un programa que sirviera para la unificación de la enseñanza con sujeción al siguiente orden:

A) *Historia de la Sociología.* — Es la parte que se refiere a la génesis y desarrollo de la Sociología, hasta adquirir los contornos de una ciencia con fenomenología y métodos propios. Este capítulo concierne a los comienzos y situación actual de la disciplina, no exige una información copiosa que fatigue el equipo de conocimientos. Está destinado, más bien, a salvar las proposiciones contradictorias de la materia, en cuanto a la especulación y métodos de estudio propiciados por cada escuela, aclarando el sentido de las discusiones que unas veces ofrecen marcados antagonismos de tendencias, y otras veces descubren únicamente diferencias de matices. Este capítulo de introducción, plantea un panorama

EL Instituto de Investigaciones Sociales de Méjico ha publicado el Decálogo y Programa del Aprendiz de Sociólogo, pequeña obra normativa para la mejor asimilación de esta rama social, cuyo autor es el doctor Alfredo Poviña. Raros tratadistas han conferido a sus libros de ciencia la lucidez interpretativa que suele dar a los suyos este profesor tucumano, quien a más de ser celebrado enseñante de la teoría sociológica, es fundador y presidente de la Asociación Latinoamericana.

ma de los esfuerzos realizados por la ciencia para descubrir el fenómeno estrictamente social de la interacción humana.

B) *Lógica de la Sociología.* — Con objeto de conceder autonomía y especialidad a esta disciplina, restringiendo el enciclopedismo que le atribuyó su fundador Comte, debe concretar su fenomenología y ceñir sus finalidades con el objeto de estudiar exclusivamente la vida del grupo como grupo, excluyendo las investigaciones aisladas y dispersas de otros problemas particulares. Para llegar al dominio empírico de las interacciones del ser humano, es decir, de las consecuencias de sus relaciones con sus semejantes, es necesario definir el campo de lo « sociológico » que ha estado expuesto irrecientemente a las irrupciones de las ciencias denominadas auxiliares y fronterizas, cuyo objeto converge a un foco de atención semejante, pero con vista a diferente finalidad.

La reflexión metodológica es inseparable de la naturaleza y avance de los estudios para defender a la Sociología de las devastaciones a que pudiera estar sujeta como ciencia de reciente construcción.

A propósito de este problema, Menzel ya expuso que un solo método resultaba inadecuado para el conocimiento de la realidad social. Es por ello que aconsejara la pluralidad de métodos, a fin de hacer una apreciación objetiva y certera de los fenómenos sociológicos, superando las dicotomías procedentes del naturalismo empírico de algunos investigadores y el acentuado culturalismo de otros, que juzgan con método unilateral y exclusivo los problemas.

En efecto, Medina Echevarría dió énfasis a esta contradicción dimanante del uso instrumental de la metodología. La escuela anglosajona, particularmente, ha enfocado la investigación de las sociedades humanas con el empirismo adecuado para los productos de la naturaleza, concediendo un acusado influjo a las bases geofísicas y a las condiciones raciales, tal como lo hicieron en otro tiempo Raetzl, Kjellen y Gobinau, con relación a estos factores que constituyen el soporte de lo biológico, para explicar otras formas sociales descritas por sociólogos posteriores.

Esta reducción de los datos ob-

servados, a la metodología naturalista, establece un contraste con la acción y pensamiento del hombre que son enteramente dinámicos y cambiantes en virtud de sus complicados fines y propósitos, que tratan de mudar las formas de la naturaleza en servicio humano como lo demuestra el curso de la Historia.

La oposición más opuesta a la realidad empírica de la sociedad esta en convertir la Sociología en una disciplina filosófica y especulativa sin conexiones con el plano de la naturaleza. Por consiguiente, las dicotomías que plantea Medina deben ser resueltas con el estudio del método para trabar los fenómenos en que se asienta la vida humana, con las actividades simbólicas de su cultura, las cuales han sido las que han creado las instituciones o formas de convivencia que adopta la sociedad en la continua evolución de los grupos que registra la Historia.

C) *Sociología y hechos sociales en general.* — Aparte de las discusiones anteriormente señaladas, existe otra que hay que hacerla conocer con relación al objeto de la Sociología, porque su proceso de ensanchamiento ha creado una crisis, en virtud de la cual se admiten dos concepciones de sentido e interpretación. Una de ellas admite la ciencia analítica, limitada a los fenómenos propios de la interacción humana que no recaen en otras ramas del saber social. Entre tanto que la concepción opuesta sostiene el carácter sintético de la Sociología, porque asume el papel de disciplina matriz de las ramas afines.

El programa básico común debe incluir el examen de ambas tendencias para resolver esta polémica entre sociólogos que parten de diferentes puntos de vista.

Pues la materia analítica o formal, en cuanto la define Morris Gingsberg, es una morfología o clasificación de los tipos y formas de las relaciones sociales, especialmente de aquellos productos de la interacción, que se llaman instituciones y asociaciones.

La Sociología Sintética, en concepto de Manheim ofrece la visión completa del proceso social, construyendo la teoría del vivir colectivo sobre los materiales acumulados por las ciencias particulares, sin anular la autonomía de investigación de éstas, pero apro-



vechando sus estudios a fin de comprender el carácter orgánico de la sociedad que, aunque tuviera el carácter de un organismo biológico, es una totalidad resultante de las partes que funcionan simultáneamente y representan distintos factores de la vida colectiva, puestos en relación inmediata.

Aceptando las dos proposiciones anteriores que se complementan, se ingresa a las subdivisiones de la Sociología Analítica y Sintética. La primera se ocupa del carácter funcional de las estructuras sociales y de los cambios operados en su evolución normal o con los cambios súbitos y violentos. La segunda apela a los elementos comunes estudiados por las ciencias particulares. Esta Sociología Sintética, al examinar los impulsos innatos del grupo, según el núcleo de Max Scheler, se desdobra en las disciplinas económica, doméstica, jurídica y política; continuando el orden lógico de los fenómenos se ingresa al estudio de la Sociología de la Cultura, la cual se funda en las actividades y facultades espirituales del hombre, creando las distintas ramas que se ocupan de esta extensa fenomenología.

D) *Sociologías especiales. Los hechos sociales en particular.* — Ceñidos los límites de la Sociología, establecidas sus conexiones con las demás ciencias sociales, elaborada su metodología y reconocidas sus divisiones clásicas, la cuarta parte del programa se refiere exclusivamente al estudio de las ramas especiales que comprenden la sociología de la población, la económica, doméstica y jurídica y política, para seguir a desmenuzar las particularidades de la cultura que son: el conocimiento, la religión, la moral, el arte, las manifestaciones folklóricas, el lenguaje y los procedimientos educativos.

Humberto Guzmán Arze
● Terminará ●

MISCELANEA
PAUL RICHET

ASIA Y AMERICA

LOS cazadores del paleolítico superior americano representados por las etapas sucesivas de Sandia, Clovis y Folsom, hay que suponerlos entrados acaso al abrirse, entre las masas glaciales, el corredor al este de las Rocosas durante la retirada de New Haven entre Tazewell y Cary (¿12.000-11.000?), desarrollándose posiblemente la etapa Sandia en la época de Two Creeks, así como las «fluted points» del tipo Clovis serían contemporáneas de la época de Mankato-Valders (9.300-9.000 a. de J. C.), dentro de la que se coloca la fecha de 9.250 obtenida últimamente con el radio carbono para los elefantes de Naco (Arizona) con puntas «fluted», así como la de 9.003 que también da el radio carbono para el cachete de la capa geológica de la Ciudad de los Deportes en México D. F. (17)

Esta parece corresponder a la de los elefantes de Tepeaxpan y Santa Isabel Iztapan en los aluviones del Valle de México, con los que —en Iztapan— aparecieron utensilios, algunos muy perfectos comparables con las puntas Plainview de los Estados Unidos, relacionables al parecer con el horizonte de las puntas «fluted» de Clovis.

Estas últimas —que legaron a Baja California (San Joaquín)—, (18) por otra parte, se han hallado en México al sur de la frontera norteamericana en los estados de Tamaulipas y Durango y las semejantes a las Plainview llegaron en América Central a Costa Rica. (19) Folsom es sin duda alguna posterior a Clovis y para las puntas de aquel tipo de la localidad de Lubbock (Texas) en que el bisonte es el fósil dominante, aunque en Lindenmeier había un elefante, el radio carbono da la fecha de 7.883 a. de J.C. que se identifica con la gran retirada del hielo después de la etapa Mankato-Valders, con un clima húmedo que dió lugar a que las grandes llanuras se cubriesen de prados que iban extendiéndose hacia el N. a medida que los bosques de coníferas se retiraban. Entonces, el elefante —presente todavía al comienzo de la retirada— se extingue y domina el bisonte, lo que se refleja en la diferencia de fauna en Lindenmeier y Lubbock.

La cultura de los cazadores desde Sandia a Folsom pertenece a un paleolítico superior que, como lo muestra la localización de sus hallazgos (20) —algunos de los cuales pertenecen a Alaska y al Canadá, y que en su mayor parte se hallan al este de las Rocallosas— parece entrado por el Bering todavía seco y propagarse siguiendo las grandes llanuras de las terrazas al este de la cordillera. Por la dirección

de su avance en América y por su fecha coincide con el final del paleolítico del Viejo Mundo y hay que pensar en su origen en la cultura de los cazadores de elefantes de Siberia que tienen sus hogares hasta la región del lago Baikal, pero cuyas proyecciones extremas se conocen hasta el Lena medio en la región de Yakutsk (21) Debió seguir hacia las regiones costeras del Artico y por el Bering llegar a Alaska.

Se hace todavía difícil la comparación del utillaje de los cazadores americanos con el de los siberianos; pero algunos indicios permiten sospechar que en Siberia hay que buscar el origen del paleolítico americano. Desde un principio se había comparado la técnica del retoque de las puntas Sandia, Clovis y Folsom con la del solutrense y del Viejo Mundo y con las neolíticas de Siberia y especialmente con las del Lago Baikal. El solutrense europeo parecía demasiado distante geográficamente y, con las fechas ya seguras de la cultura de los cazadores americanos, la comparación con el neolítico siberiano no parecía adecuada. Pero si conociésemos mejor el utillaje del paleolítico siberiano es probable que pudiésemos hallar una explicación satisfactoria.

Además del retoque, que realmente recuerda mucho el retoque solutrense, la forma de la punta Sandia con la muesca lateral recuerda también las puntas del solutrense y las del gravetiense anterior. Pero el gravetiense parece muy arraigado en la Europa oriental y su tradición perdura en Siberia, en donde en el mesolítico de la etapa Khin del Lago Baikal hay puntas con dicha muesca y en parte retocadas, así como en otros utensilios de la misma cultura abunda el retoque que sigue luego en el neolítico sumamente perfecto y fino. (22) Por otra parte en Asia debió haber algo parecido a las «fluted points» de Clovis, pues en el neolítico de tipo siberiano, en su extensión por Manchuria, en la provincia de Primorskaya al S. de Mukden, aparece una punta que en la parte central de una de sus caras tiene un rebajamiento parecido al de las «fluted points» americanas. (23)

Todos estos indicios parecen indicar que los precedentes de las formas y de la técnica de los utensilios de los cazadores americanos hay que buscarlos en Siberia en donde, después del paleolítico, se conservan algunas de aquellas peculiaridades, dándose también allí el caso, como en América, de que su tradición persiste a través del mesolítico hasta el neolítico.

En Norte América, con la retirada de los hielos y el cambio de

vegetación, coincide la gran extensión de las puntas Folsom que llegan por el noreste hasta Ipswich (Massachusetts), cerca de donde había estado el límite del glaciador durante la etapa Mankato-Valders y que ya ha retrocedido, hasta Massawa-embroie al norte de la región de los grandes lagos y en dirección a la bahía de Hudson. La cultura de los cazadores se transforma, desapareciendo las puntas Folsom y multiplicándose los tipos, apareciendo los que van a parar a los semejantes a los del neolítico Viejo Mundo.

En el oeste, mientras la cultura Sandia no parece haber pasado de las estribaciones del SE de las Rocallosas (Nuevo México), la de Clovis se propagó como se ha visto al sur de la Gran Cuenca, hasta Arizona en el SO de los Estados Unidos, así como hacía más al S por México y Centro América.

Durante la extensión de la cultura Folsom, ésta pasa las Rocallosas y se propaga hasta Oregón y Utah, ocupando por lo tanto la Gran Cuenca, así como desde Colorado, Nuevo México y Texas, llega a la parte oriental de la frontera mexicana, introduciéndose en Tamaulipas, pero no pareciendo, por ahora, haber llegado más lejos.

En el oeste de los Estados Unidos, por la Gran Cuenca, sobre todo por su parte sur y por el este de California, se propagan también, como se ha visto, las puntas de los cazadores que representan tipos parecidos a los del neolítico del Viejo Mundo y que en el Nuevo perduran largo tiempo (Gypsum cave, Lake Mohave, Amar-gosa, Silver Lake, Lago Bórax).

La cultura de lascas, sin mezcla de puntas arrojadas relacionable con el paleolítico inferior o con sus tradiciones y atribuible a recolectores y cazadores inferiores, aparece en Patagonia desde muy pronto, aunque probablemente más tarde que en Norte América.

Los hallazgos que parecen más antiguos no es posible fecharlos aún con el radio carbono pero, por otros métodos, se llega a fechas estimativas. Se trata de la industria que Menghin (24) ha llamado «oliviense» por el lugar del hallazgo al norte de Caleta Olivia y que considera la cultura más antigua de Patagonia. Se trata de lascas retocadas, raspadores y otros instrumentos de calcedonia relacionados con una terraza con conchas de Venus a 40-50 m. sobre el nivel del mar que habría que fechar antes del fin de la glaciación sudamericana, por lo menos en tiempo de su último interstadial.

Otra serie de hallazgos semejantes en las terrazas marinas de la región de Bahía Solano (solanense) tiene todavía el «oliviense» antes de la terraza de 18 m. El solanense, el toldense y el casapedren-

se parecen contemporáneos de las terrazas marinas entre 18 m. y 10 m. que pertenecerían al final de la época glacial sudamericana, desgraciadamente menos conocida que la del norte.

En las cuevas de la estancia de Los Toldos de la zona militar de Comodoro Rivadavia (territorio argentino de Santa Cruz), en el Canadón de las Cuevas (o Casa de Piedra) aparece una cultura de cazadores superiores que Menghin ha bautizado con el nombre de Toldense y en su final con el de casapedrense en la que la cultura de lascas ya aparece mezclada con puntas arrojadas de trabajo bifacial con pedúnculo pero sin alas. (25) En estas cuevas había pinturas en las rocas, (26) representando gran cantidad de siluetas de manos y más raramente hasta de pies humanos, positivas o negativas, que sin duda son contemporáneas con el yacimiento, por haber aparecido en él piedras que sirvieron para moler los colores de las pinturas, con partículas de dichos colores adheridas a aquellas piedras. En la región del Río de las Pinturas (afluente del Deseado), en una cueva, había pinturas con escenas de caza de guanacos —caso una danza de magia de caza— con las figuras de los animales muy naturalistas y con los hombres —de peor ejecución— enmascarados.

Las siluetas de manos —que en América fuera de la Argentina han aparecido también en Bolivia (Mojocoya, provincia de Zudáñez, departamento de Chuquisaca) (Ibarra Grasso)— (27) tienen gran parecido con las del paleolítico superior europeo y con las de Australia.

Es interesante la presencia del arte rupestre en el extremo sur de América con tipos que, tipológicamente, se relacionan con los del paleolítico del Viejo Mundo. Si existe una conexión con ellos es prematuro todavía decirlo. Desgraciadamente hay entre ambos grandes lagunas geográficas. Pero el hecho es que el arte rupestre arraigó mucho en toda América, aunque los ejemplos conocidos pertenecen casi siempre a tipos muy evolucionados y que llegan a épocas muy tardías. De todos modos, como hipótesis de trabajo, cabría suponer que la mentalidad mágica que produjo el arte rupestre del occidente de Europa existía en las demás culturas de los cazadores y que algún día se producirán descubrimientos en Siberia y en América que establecerán la conexión. Ocorre aquí algo parecido a lo que sucede con los artefactos de los cazadores americanos que todavía son difíciles de relacionar con los del paleolítico superior del

(17) Bibliografía, 2, 26, 51, 52.

(18) Bibliografía, 3.

(19) Bibliografía, 31, 50.

(20) Bibliografía, 52, 53.

(21) Bibliografía, 19, 24.

(22) Bibliografía, 43.

(23) Bibliografía, 51 (p. 91, fig. 1).

(24) Bibliografía, 37.

(25) Bibliografía, 37.

(26) Bibliografía, 38.

(27) Bibliografía, 27.

en el paleolítico inferior. Supervivencias

por P. BOSCH GIMPERA

Viejo Mundo. Ellos mismos perduran más acá del paleolítico y en el mesolítico siberiano se encuentran indicios que acusan raíces de sus tipos en el paleolítico en donde habrá el origen común. El arte rupestre, en el mesolítico, se extiende hacia el norte de Europa por Escandinavia y perdura tanto allí como en el norte de Rusia y en el oeste de Siberia, (28) así como se encuentran supervivencias de arte rupestre en las culturas neolíticas del Lago Baikal (29) con reminiscencias del arte naturalista — hecho que se comprueba también en España y África. También en Siberia hay un arte rupestre que dura mucho tiempo transformándose sus tipos y su contenido, lo mismo que en América.

En todo caso en América hay una larga persistencia del arte rupestre y, cuando se conozca mejor y pueda establecerse su cronología, será posible sin duda establecer etapas de su desarrollo — como en el Viejo Mundo — desde los tipos naturalistas — que hoy sabemos que ya son paleolíticos — a través de otros seminaturalistas animales, como por ejemplo los publicados por Braunscholtz (30) de la Guayana Británica que parecen asociarse con estilizaciones humanas — como en el neolítico europeo — hasta signos geométricos y otros de difícil interpretación que parecen llegar

hasta tiempos muy recientes. La conexión de algunas de esas etapas con Asia la indican las pinturas de Hawkins Island en el Prince William Sound de Alaska — con figuras esquemáticas antropomorfas, signos cruciformes, balenas, barcas con remeros, caras humanas — publicadas por la señora De Laguna. (31)

Los hallazgos de la Patagonia argentina estudiados por Menghin (32) pueden compararse con los de las exploraciones de Bird (33) en la región de Última Esperanza (extremo sur de Chile) y del Estrecho de Magallanes. En Última Esperanza, la cueva Eberhardt o del Mydolonte tiene una capa con restos de ocupación humana seguros, posterior a la en que apareció el Mydolonte en que no los hay, según se desprende de los últimos estudios de Emperaire, (34) pero que, fechándola el radio carbono en 8.832 a. de J.C., daría un *terminus postquem* para la capa superior habitada por el hombre. La fecha de ésta correspondería a la de la capa de la cueva de Palli-Aike con radio carbono 6.888 a. de J.C. en el Estrecho de Magallanes y que, como la cueva Fell de la misma región, revelaba una cultura de lascas con asociación de algunas puntas arrojadizas que se comparan con las Plainview de los cazadores de los Estados Unidos. Las fechas de esas cuevas exploradas por Bird serían probablemente las del toldense-casapedrense de Menghin con sus pinturas rupestres.

Ello parece indicar que muy

pronto la cultura de lascas y de nódulos llegó al extremo de Sur América y que no demasiado después de las fechas en que extiende desde el sur de los Estados Unidos, hacia México y Centro América, llegarían también al extremo suramericano los cazadores superiores influyendo en los recolectores y cazadores de la cultura de las lascas.

Esta dualidad de culturas parece confirmarse, aunque sin una cronología segura, con los hallazgos de las cuevas de los montes de la provincia de Córdoba en la Argentina, (35) en donde en la cueva de Candonga aparecieron en el mismo nivel un cráneo de niño, huesos de animales extintos, raspadores y puntas de hueso, así como en las cuevas del Oro y del Ojo del Agua en las colinas de Tandilia, al sur de la provincia de Buenos Aires, aparecieron artefactos de hueso y de piedra tallada que Menghin y Bórmida califican de «complejo tandiliense» y que representarían una cultura muy primitiva de lascas extendida muy pronto hasta Patagonia en la transición del pleistoceno al oloceno y que Menghin llama el «epiprotolítico oliviense». (36)

La cultura de cazadores ya muy evolucionada se desarrolla en la Argentina — sin posibilidad de fecha exacta todavía — con puntas arrojadizas en forma de hoja y otros artefactos, en todo caso pertenecientes al horizonte precerámico en las cuevas de Ayampitín, Ongamira e Intihuassi de la provincia de Córdoba (hallazgos de

Rey González). (37) Culturas parecidas aparecen en otros países sudamericanos.

En Bolivia, en Viscachani cerca de La Paz, Ibarra Grasso (38) encontró gran cantidad de puntas como las de prov. de Córdoba de la Argentina y los tipos evolucionados de los Estados Unidos, entre las cuales hay algunas que se parecen tipológicamente a las puntas Sandía con escotaduras laterales y que cree paleolíticas y anteriores a las del tipo de Ayampitín; pero desgraciadamente se trata de un yacimiento sin estratigrafía ni otras asociaciones. Estos tipos de puntas se hallan asimismo en el Perú (*Huancayo*) en el Ecuador (*Alangasi* cerca de Quito) y en el NO de Venezuela (*El Jobo*, región de Coro) (39). Las de Alangasi cerca de Quito aparecieron en un yacimiento mezclado con restos de mastodonte pero también con cerámica, lo que parece indicar que debió haber allí testimonios de varias épocas.

(28) Bibliografía, 7, 24.

(29) Bibliografía, 43.

(30) Bibliografía, 10.

(31) Bibliografía, 16.

(32) Bibliografía, 37.

(33) Bibliografía, 8.

(34) Bibliografía, 20.

(35) Bibliografía, 53 (p. 68).

(36) Bibliografía, 40, 53 (p. 69).

(37) Bibliografía, 48.

(38) Bibliografía, 27, 28.

(39) Bibliografía, 37.

(Conste paleolítico inferior en vez de anterior que se dijo en n. 84).



LOS CAZADORES DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR Y SUS CONSECUENCIAS.

Formó P. Bosch-Gimpera. Dibujó C. Martínez Marín. Instituto de Historia de la Universidad Nacional México, 1957.

Henry THOREAU,



Whitman es un espíritu más inflamado y altisonante, pero Henry Thoreau, el solitario, el sentimental, el solitario Thoreau es mucho más áspero e incisivo. ¿América, tierra de la libertad? ¡Ea, qué disparate!, replica Thoreau, que piensa no sólo en la esclavitud de los negros, sino también y sobre todo en la de los blancos: «Aunque concedamos que el americano se ha liberado de un tirano político, la verdad es que sigue siendo esclavo de un tirano económico y moral». El americano es esclavo del Rey Prejuicio, y no sabe valerse de la libertad política para conquistar la verdadera libertad, que es la moral: «¿De qué nos ufamamos? ¿De una libertad de ser esclavos, o de una libertad de ser libres?»

Ni el gobierno de los Estados Unidos ni, por lo demás, ningún otro gobierno, valen nada. Y, por consiguiente, no viene al caso armar tanto alboroto hablando de la gloria y la bendición de Dios que consiste en ser americanos: «Yo quisiera recordarles a mis conciudadanos que primeramente tienen que ser hombres, y americanos sólo más tarde, en el momento oportuno».

Terminados los quehaceres serios, si sobra tiempo, podemos entretenernos también con las quimeras nacionales. Esta disolución del específico americanismo en la común humanidad parece cerrar el paso a todo delirio sobre el destino más o menos manifiesto de la Unión o del Continente. Y todavía más refractaria a las presagias armonías entre admirables distancias y empresas memorables se nos muestra otra dote de Thoreau, que es incluso su verdadero núcleo espiritual: nos referimos a esa capacidad de perderse y volver a encontrarse todo en el más pequeño y limitado de los mundos, de hacer del estanco de Walden un universo inédito e inagotable, y del individuo Henry David Thoreau el compendio y el prototipo del único género auténticamente humano.

Típico es su desprecio de los viajes, y hasta de los medios de loco-

THOREAU y Whitman son de distinta madera. Tal vez, en el fondo, no están menos atormentados que Melville, pero ciertamente dan muestras de una seguridad que raya en el dogmatismo, y de una confianza en sí mismos y en su propio « mensaje », que les permite decidir soberanamente quiénes son los buenos y quiénes los reprobos, dónde está la luz y dónde las tinieblas, y por lo tanto los impulsa a hacer prosélitos y a prodigar intimaciones y excomuniones.

De origen bastante más humilde que Emerson y Melville, Thoreau y Whitman son mucho más « democráticos » que ellos, en el sentido de que sitúan en la más común humanidad el criterio de todo valor espiritual, y de que los aspectos económicos de la sociedad moderna les interesan y les preocupan hasta el punto de que quisieran sofocarlos en un amoroso abrazo de largo metraje (Whitman), o eludirlos suprimiendo las máquinas y aun la división del trabajo (Thoreau).

moción. Nada hay en él de la curiosidad de Ulises, pero sí una dogmática adhesión a la sentencia de Horacio: «Caelum, non animam mutant qui trans mare curruunt». ¿Qué importa el West, qué importa el Africa? Los únicos viajes que cuentan son los que se hacen dentro de nosotros, abriendo nuevas rutas, no al comercio, sino al pensamiento. Las fuentes del Nilo, el Níger, el Mississippi, el paso del Noroeste, son fútiles metas: ¿qué interés tienen para la humanidad? («are these the problems which most concern mankind?»). No vale la pena dar la

contacto humano. Thoreau construye su cabaña a la orilla del lago de Walden, a un par de kilómetros de Concord, sobre un terreno prestado por el propietario (Emerson), con un hacha facilitada por otro vecino, y allí recibe periódicas reuniones de amigos, y casi todos los días se dirige a la ciudad, costeando la vía férrea, para hacer allí sus encargos y conocer los últimos chismes.

Huye a los bosques a dos pasos de casa. Pero no es una chiquillada la suya, ni un ensayo de *camping* residencial, sin vehículo motorizado y sin latas de conser-

termina con palabras que quisieran ser de *humour*, pero que chirrían en su alusión a Pellico y a su cárcel de diez años: «Esta es la historia total de *Mis prisiones*».

Su actitud es romántica, pero su armazón mental, no obstante los vínculos con los trascendentalistas, se remonta a una época anterior, es sustancialmente dieciochesca, racionalista, rígida y anárquica. El anarquismo de Thoreau desciende probablemente de su fundamental egocentrismo (característica que daba pie a Lowell para decir que Thoreau aceptaba hasta sus defectos y sus debilidades como virtudes y poderes peculiarísimos), pero es completo, y no le falta ninguno de los atributos reglamentarios. Típicamente anárquica es su divinización de la Naturaleza, anárquico el humanitarismo abstracto, anárquica la huida de las ciudades y el anatema lanzado sobre las corrompidas metrópolis, anárquico el culto de la amistad y la reverencia por los héroes, y en general por la «ejemplar» literatura del mundo grecorromano. Incluso ciertos aspectos negativos, como la obliteración completa, en toda su obra, de la mujer, del amor, de los afectos familiares, la extremista interpretación social del mensaje cristiano, el desprecio por la historia pasada y el ingenio radicalismo de los remedios ofrecidos a la sociedad presente, se acomodan muy bien en el marco de los sistemas y de las utopías del siglo XVIII. Toda su filosofía política — se ha podido decir — está implícita en la *Political justice* de Godwin.

Así, pues, desde cualquier punto que se lo considere, Thoreau parece impermeable al nacionalismo, a la fascinación de la amplitud territorial, a la antítesis de continentes, a la comparación volumétrica de los animales. Tanto más sorprendente y significativo es, en consecuencia, el hecho de que sea precisamente él quien vuelve a proponer con desacostumbrada nitidez los temas del privilegio orgánico e histórico del Nuevo Mundo, combatiendo a los denigradores de este privilegio en la persona de su arquetipo, Buffon.

Ya en un escrito juvenil sobre las ventajas y desventajas de la influencia extranjera en las letras de los Estados Unidos (*Advantages and disadvantages of foreign influence on American literature*, ca. 1836-37), Thoreau deplora con acentos personalisti-

por Antonello GERBI

vuelta al mundo para contar los gatos de Zanzíbar.

La vanidad emersoniana del viaje a Europa se extiende a todo el globo, sin exceptuar a la misma América. Quien ama la propia tierra más que el espíritu, la tierra en que tendrá su tumba más que el espíritu que anima su arcilla, será un patriota, si querés, pero tiene un gusano en el cerebro: «patriotism is a maggot in their heads». En un poblacho cualquiera se encuentra toda la historia y toda la geografía: «las características y los anhelos de distintas épocas y razas de hombres están siempre presentes, en epitome, en cualquier aldea».

La vencedora de las distancias, la desmelenada heroína de los tiempos nuevos — hasta Carducci, hasta Honegger —, la locomotora, se transforma así a los ojos de Thoreau en símbolo del nefasto progreso técnico, en un monstruo, sí, pero verdaderamente infernal, que devasta y asesina: con hipérbolo grotescamente eficaz, Thoreau prevé y anuncia que, una vez que se haya disipado su humo y condensado su vapor, la gente caerá en la cuenta de que pocos son los que viajan, mientras todos los demás son aplastados: «a few are riding, but the rest are run over».

Última señal de escasa atracción por la lejanía: en 1845, Thoreau se retira a los bosques para vivir en ellos una vida lo más simple y primitiva posible. No faltaban por entonces en los Estados Unidos las selvas vírgenes en que un Tarzán voluntario, un Robinson silvestre, un rousseauniano practicante pudieran «rentrer dans la forêt» y vivir a sus anchas lejos de todo

vas alimenticias, ni una anticipación experimental de la rutina de los *commuters*, practicada actualmente por tan gran parte de los habitantes de las principales metrópolis. No es ninguna de estas cosas, aunque tiene un poco de todas ellas. En Walden, Thoreau vuelve verdaderamente las espaldas a la civilización y experimenta con extraordinaria frescura el escalofrío y la delicia de sentirse cerca de la tierra, del agua, de los animales. No es un poeta, ni un naturalista, ni un poeta-naturalista quien nos habla desde las páginas del famoso libro, sino un delicado moralista, que se abandona a una sensualísima inclinación a la virginidad de la naturaleza y de ella saca, y sobre ella modula, aunque sea con cierta insistencia virtuosista, pretendidas lecciones prácticas, y alegres, complacidas, egocéntricas quimeras.

No es fácil, pues, definir la personalidad de Thoreau. Su bagaje de ideas es modesto, y casi completamente de segunda mano. Su acierto original se amortigua cuando más trata de cristalizarlo en epigramas, en aforismos, en bíblicos versículos. Sus gestos son más grandes en las intenciones que en la realidad, son actos simbólicos, exorcismos, fórmulas rituales. El solitario de Walden ha sido comparado por un maligno crítico inglés con un ermitaño en Hyde Park. Cuando, en señal de protesta contra la esclavitud y la guerra mexicana, Thoreau se niega a pagar una pequeña contribución y hace que lo metan en la cárcel, se queda aquí una sola noche, los amigos pagan en su lugar, y su relato de la aventura

filósofo de la Libertad

mos que los poetas norteamericanos prefieran hablar en sus obras de alondras y de ruiseñores sobre los setos en vez de hablar de los nativos petirrojos y de las estacadas de su país. Este genérico «indigenismo» se precisa y se desarrolla con los años, a medida que va creciendo su familiaridad en un ensayo póstumo y poco estudiado, (Walkin, 1862, pero escrito en 1851) con una proclamación en tono mayor de la antigua tesis de un fatal destino felicísimo del Occidente y de una marcha irreversible de la historia según el curso (aparente) del astro diurno.

El West tenía que ascender necesariamente a mito y a promesa en la sociedad de la Nueva Inglaterra. Toda su existencia se nallaba tendida de Oriente hacia Occidente. Al Este, los norteamericanos no tenían más que el Atlántico y, al otro lado del mar, la vieja Europa de la cual se habían separado como el nadador se aleja de la orilla con una patada. Así, pues, al Este veían, lejos, el pasado, y cerca, el límite físico de todo desarrollo. Al Occidente, por el contrario, se abría un continente sin fronteras; cadenas de fáciles montañas, anchos valles y llanuras, ríos y lagos gigantescos, praderas recorridas por manadas de bisontes, desiertos rocosos y otras montañas, más altas y ásperas, por una justa regla de perspectiva, y luego otros valles, remotísimos, pero centelleantes de pajitas de oro, hasta el inmenso océano poblado de ballenas.

El movimiento obligatorio de esa sociedad en rápida expansión era, pues, por fuerza geográfica, de Oriente a Occidente; y el West iba ascendiendo, por alguna buena razón, a los grados sucesivos de virgen república literaria, de bíblica Tierra Prometida, de prefiguración terrena de la Jerusalén celestial, de nueva *civitas mundi* para los hombres libres; hermanados, de emblema cambiante y confuso de todas las fuerzas de la historia y de la vida. En Thoreau, este proceso se admira abreviado y concentrado.

Cuando el filósofo de los bosques sale de casa para dar un paseo, instintivamente se dirige al Oeste (o bien al Sudoeste, con alguna excursión ocasional hacia el Sud-sudoeste...) «hacia el Este sólo voy por fuerza; pero hacia el Oeste voy por gusto». La ciudad está al Este, la selva («Wilderness») al Oeste. «Debo caminar hacia Oregón y no hacia Europa».

El horizonte ya se ha ensanchado. Los puntos cardinales se proyectan sobre los dos hemisferios. E inmediatamente también la experiencia personal — o el capricho — se proyecta sobre la historia universal: «y en esa dirección está avanzando la nación, y pue-

do decir que la humanidad progresa de Este a Oeste». Así como el musulmán se postra en dirección a la Meca, así Thoreau ora, pasea y proyecta con los ojos dirigidos a las últimas luces del ocaso. En este punto, sin embargo, nace en él una curiosa duda, por el hecho de que recientemente ha ocurrido un movimiento de la historia hacia el Sudoeste con la colonización de Australia. Pero Thoreau se libera rápidamente de esa duda: se trata, claro es, de un «retrograde movement». Australia está poblada por forzados y forajidos, y sus descendientes (como había dicho De Pauw de los americanos) están ya degenerados. A juzgar por el carácter físico y moral de la primera generación — «judging from the moral and physical character of the first generation of Australians» —, no se puede decir que el experimento haya sido afortunado.

¡Al Oeste, pues! «Hacia el Este vamos para darnos cuenta de la historia y para estudiar las obras de arte y de literatura, deshaciendo el camino recorrido por la raza; hacia el Oeste, vamos al porvenir, con un espíritu de empresa y de aventura». El Atlántico es un río leteo: basta cruzarlo (de Este a Oeste, se entiende) para olvidar — «to forget the old World and its institutions».

También los animales migradores obedecen a un instinto oscuro como el que empuja a Thoreau en sus paseos casuales. También el sol hace diariamente su peregrinación hacia el Oeste: «es el Gran Pionero Occidental a quien siguen las naciones». Y así hizo Colón, con el resultado que vemos a nuestro alrededor: «¿En qué parte del globo es posible encontrar una superficie de igual extensión a la que ocupa el grueso de nuestros Estados, una zona tan fértil y tan rica y variada en sus productos, y al mismo tiempo tan habitable por los europeos?» Siguen las citas de rigor, tomadas de geógrafos y viajeros europeos, Michaux, Humboldt, Guyot, Francis Head, y por último, para ponerlos otra vez en plena atmósfera de la polémica, la estocada final contra Buffon: «Esta declaración servirá por lo menos para contrarrestar lo que escribió Buffon sobre esta parte del mundo y sus productos.»

A esto siguen, como era de esperar, corolarios y variaciones. La ausencia de bestias feroces no es un estigma de inferioridad, sino un privilegio de América: casi dondequiera se puede dormir sin miedo

alguno en medio de sus bosques. Los pantanos tienen su modo de ser; e mismísimo *Dis-mal Swamp* (el de la balada de Thomas Moore) es preferible a un artificioso jardín — naturaleza echada a perder por el hombre — porque el pantano con su fango y su podredumbre es el regazo mismo de la Naturaleza: «Yo entro en una ciénaga como en un lugar sagrado, un *sancta sanctorum*; no importa que uno se hunda hasta el cuello... Incluso para la vilipendiada impubertad de los americanos, Thoreau parece encontrar una alusión apolo-gética cuando, tras de recordar y traducir la frase de Linneo: «Nescio que facies *laeta glabra* plantis Americanis», la aplica a los rostros de sus compatriotas: «Perchance there will appear to the traveler something, he knows not what, of *laeta* and *glabra*, of joyous and serene, in our very faces».

¿Cuándo sucederá esto? Sucederá cuando la civilización americana se haya adecuado a la luminosa profundidad de los cielos de América, al esplendor de sus estrellas. Si el inglés Francis Head ha dicho que la luna parece más grande en el Canadá que en Europa, «probablemente el sol parece también más grande. Si los cielos de América parecen infinitamente más altos, y las estrellas más brillantes, yo espero que estos hechos sean simbólicos de la altura a que podrán remontarse en algún tiempo la filosofía, la poesía y la religión de sus habitantes.» Y aquí Thoreau cita (inexactamente) la profecía de Berkeley y, convertido en auténtico patriota — «a true patriot» —,

pondera a su país como preferible al *Paraiso Terrenal*.

Pero, inmediatamente después, el tema político-internacional es abandonado, y ese West, encarnación del Porvenir de los Estados Unidos, queda sublimado, y al mismo tiempo anemizado, al hacerse un sinónimo de la genérica *Selvatiquez*, de esa *Wildness* primigenia en la que está la salvación del mundo («the preservation of the World»). Con una cabriola que a estas alturas no debe ya maravillarme, la *Wildness*, que era el West y el Porvenir, reaparece ahora como extrema Antigüedad: los antepasados de los norteamericanos eran salvajes — «our ancestors were savages» —, y tales fueron los fundadores de Roma y de todos los demás Estados, y es ésta la condición «natural» del hombre, su única vía de salud física y espiritual. De manera recíproca, los salvajes, las pieles rojas, son antitípicos: bruñidos por el tiempo, sabedores de todos los secretos de la naturaleza, pueden contemplar con lástima al pálido blanco ignorante y jactancioso. La civilización es decadencia y finalmente muerte. La *Selvatiquez* es la vida misma, es el impulso a ir más allá y más arriba; es, por lo tanto, no ya el Pasado, sino de nuevo el Porvenir: «La esperanza y el futuro están, para mí, no en los prados de césped, ni en los campos cultivados, ni en los pueblos y ciudades, sino en los inaccesibles y movedizos cenagales.» La vida está en esas aguas estancadas. América no ha brotado recientemente de ellas, como creían De Pauw y sus secuaces.



Carles Riba, hombre de corazón y de letras

ES reciente su muerte y la oscuridad del momento quizá no permita la elocuencia necesaria — y la lucidez — para introducirlo a un público que en su mayoría lo desconoce, al lector de habla distinta que difícilmente puede conocerlo y quererlo con la pasión y el amor y la admiración que brota intensa, con el dolor de la pérdida que entristece los días de los que lo hemos leído y llorado.

Esta no quiere ser más que una nota de recuerdo, de reconocimiento, de comunión con la obra — que no limita en lo literario ni trasciende sólo a lo social o a lo político —, con la «pureza de su acto de luz», con su pasión de lingüista.

Hombre y poeta, esa dualidad que se descubre sólo en la sinceridad de la muerte, antes y después y en el desastre; hombre y poeta. No pertenece a un período ni a una generación, quizá sí a una época, a su inicio y fin, él mismo inicio y fin. En él no hay estilo, sino ámbito y hombre. Trasciende y ama.

*Amo els ulls de tot vivent
per damunt de tota cosa:*

HENRY THOREAU

América está todavía por brotar.

En estas confusas rapsodias, los conceptos fundamentales se encabalgan y se eliden. La América sobre cuyo suelo se pasea Thoreau no es la que descubrieron Colón y Vespucio; «you may name it America, but it is not America.» Es una tierra mitológica, es la divina Naturaleza de los antiguos poetas y profetas. Pero esta Naturaleza, de tal manera animada, es la Vida misma, la vida elemental, en vano oprimida y coartada por las técnicas y por las artes de la llamada civilización. Por otra parte, sin embargo — parece escucharse el monólogo de Fausto, traductor incontentable del Verbo —, la Vida puede ser dura, dolorosa, mezquina: ¿cómo se puede hacer de ella la esencia misma de lo creado? Thoreau contesta que la vida es acción y que no hay que injuriarla: «Por mezquina que sea tu vida, recíbelas y vívelas; no la esquives ni la insultes.»

Este evangelio de actividad sin ilusiones, de trabajo simple y sereno, es quizá su mensaje más duradero, y se ha incorporado de hecho, a la cotidiana religión de los norteamericanos. En el Viejo Mundo, Thoreau encontraba escaso el fervor, cansada y libresca la cultura, frívola y refinada la sociedad; aborrecía su inmovilidad embalsamada y embreada, «la muerte de lo que nunca

*no hi ha nosa
prou llisgent
que m'allunyi dels ulls de la
[gent... (1)*

*Ulls que cerquen altres ulls,
ulls com folles brimardes,
vergassades
i abriulls;
i els discrets i els pregons tristos
[ulls... (1)*

A su palabra no hay más comentario que el silencio, el hondo silencio que latiera sobre una tumba como sobre un escenario que ha quedado vacío y en el que aún perduran los espíritus melódicos y las resonancias dolorosas, el silencio del respeto, el del dolor, el de la esperanza que llama, el de la paz y la tibieza del amor.

*Aquella pau obaga
on el silenci guanya,
ja és la teva pau. (2)*

Nacido en Barcelona en 1893, en el despertar del siglo — del positivismo a la metafísica — y de la lucha por la libertad de todo aquél que la halló y la perdió y no la ha recuperado. Gran conocedor de las lenguas clásicas y de las obras de los hombres que las clasizaron, traductor de Jenofonte, Esquilo, Plutarco..., maes-

tro, filólogo orientador de la juventud descontenta y rebelde ante la tiranía sangrienta, poeta y crítico. Hombre de lucha, vivió la amargura del exilio y, después del regreso, la lucha otra vez, ahora de las nuevas generaciones, orientándolas y animándolas, tomando vivida parte en su rebeldía. Ganador de los dos más importantes premios de la literatura catalana: Folguera (1933) y Maragall (1937). Traducido a diversos idiomas. Colaborador de Pompeu Fabra — el hombre que dió nueva vida y reglamentó la lengua catalana — en el «Diccionari de la llengua literària» y de la «Fundació Bernat Metge», donde fué director de la sección filológica del «Institut d'Estudis Catalans».

Falleció en 1959.
*Jo dormia... No fóres per mi, joia
[vivent.
no sotjàreu per mi, ulls foscos de
[la mort! (3)*

He aquí el anticipo a su muerte. La Muerte. Cantada por todos los poetas. Desnudada, ensalzada, deseada o no, esa meta que no quisiéramos hollar. El Tema. La tranquila, la desesperada, la súbita, la contradictoria muerte.

*Cal la secreta clau: un recora
[que ve de vosaltres
deus! i que no ens ateny fins que
[ja hem arribat... (4)*

Se vislumbra en esta muerte, en este fin, en esta llegada, el espíritu helénico, el sentido mediterráneo, de donde se desprende Ulises y alcanza «mi dios parcial, que me he elegido por orgullo hasta la injusticia» o «la isla del último adiós, donde se inclino mi mediodía».

*Se intuye y conoce después.
per ta força, la força que el salva
[als cops de fortuna,
ric del que ha donat, i en sa rui-
[na tan pur (5)*

y huye a la crítica pura por su complejidad de hombre y literato, de maestro y luchador.

*Com ho diria, germans, si no sé
[si parlo amb vosaltres?
Ni us parlaria tan sols? Sóc en
[l'espera d'un déu. (6)*

Riba, en las «Elegies de Bierville», se deja llevar «cabalgando en el ritmo y la rima», como dijo uno de sus críticos: Domènec Guansé, llevando consigo el hondo y sentido bagaje helénico que ha tentado a tantos poetas y que muy pocos han sabido apropiarse y transformar en la serena limitación fuera del tiempo y de la historia. Seguramente podemos afirmar que en Riba se halla esa conjunción que ha perdido a tantos poetas: música y poesía, y en él trascienden por la «secreta llave» que abre la «cueva profunda» de las palabras.

ANTONELLO GERBI

*Esa cueva donde
Ell y jo sabrem quin tresor de-
[sàrem... (7)*

Pero no es éste, el libro de Carles Riba, como tampoco podemos decirlo de ninguno de los demás, y, por lo contrario, todos los son.

Sus dos libros de «estancias», sus suites, sus «elegías», sus poemas «de juego y fuego», revelan todos al poeta y, no obstante, no lo revelan sino en la medida en que lo hacen juntos, juntos hacia la vida y la gente, los ojos que ama, las estaciones que canta, el misterio del ser y de los silencios, las cosas del olvido, el pensamiento que se siente como una presencia física, el dolor que penetra en el escarceo mental.

*Amor, l'innúmer deute clama de
[dins l'abim! (8)*

MARTI SOLER

1 Amo los ojos de todo ser vivo — por encima de todo: — no hay estorbo — deslizante — que me aleje de los ojos de la gente... — Ojos que buscan otros ojos, — ojos como locas llamaradas, — varapalos — y abrojos; — y los discretos y los hondos tristes ojos...

2 Aquella paz umbría — donde el silencio gana, — ya es tu paz.

3 Yo dormía... ¡No fuiste para mí, gozo viviente, — no acechasteis por mí, ojos oscuros de la muerte!

4 Se necesita la llave secreta: un recuerdo que viene de vosotros — ¡dioses! y que no nos atañe hasta que ya hemos llegado...

5 ...por tu fuerza la fuerza que lo salva a los golpes de fortuna. — rico de lo ya dado, y en su ruina tan puro.

6 ¿Cómo decirlo, hermanos, si no sé si hablo con vosotros? — ¿Ni tan sólo os hablaría? Soy en la espera de un dios.

7 El y yo sabremos qué tesoro guardamos...

8 Amor, la innúmera deuda clama desde el abismo.

**SOLIDARIDAD OBRERA
SUPLEMENTO LITERARIO**

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

*Giros: C.C.P. Paris 1350756
Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe
Paris (X)*

TELEFONO
Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
*Trimestre 2,10 NF
Semestre 4,20 NF
Año 8,40 NF
Extranjero (año) 10,00 NF*

*Extranjero (por avión)
América del Norte 15,40 NF
América del Sur 19,00 NF*

E. Relgis y «Mirón el sordo»

A L ocuparnos con sucintas deducciones de la inquieta juventud del maestro, la expondremos sin parangones que le confundan con sus coetáneos humanistas, humanitaristas, poetas, místicos y pensadores anarquistas, por tener luz propia, carácter estoico, intuición viva, espíritu observador, mezcla e incorporación de doctrinas milenarias bíblicas, para formar en promiscuo humanitarismo una sociedad homogénea y pura, basada en los principios esenciales del hombre: libertad, igualdad y apoyo mutuo. A pesar de haber bebido en las fuentes arcaicas de la Biblia y en doctrinas orientales, tiene luz propia como los astros de primera magnitud: Romain Rolland, Stefan Zweig, y en particular Georg. Fr. Nicolai; su verdadero maestro. Todos ellos convergen al mismo fin; sin polémicas demagógicas ni autoritarios concepciones.

En este somero ensayo trataremos de analizar la mística primitiva de Relgis sin elogios ni recriminaciones desfiguradas, sino justificando su alma torturada por una infancia heroica: base esencial de toda su existencia pacifista. Se comprende su estro poético en «Melodías de Silencio» y «Mirón el Sordo». Punteo tendido a través de su tragedia física como la de Beethoven, cuyo espeso muro no puede vulnerar no más que la voluntad de vivir para crear, aunque objetos y fenómenos se le presenten mudos.

Eugen Relgis nació el 2 de marzo de 1895 en el relieve carpático de Jasi, entre Moldavia y Besarabia. A los 18 años publica su primer libro «El triunfo del no ser», más tarde apareció su segunda obra, «El Sol Naciente». Estas primeras creaciones de juventud no tienen quizá la importancia trascendental de «Melodías de Silencio» ni de «Voces en sordina», así que de toda su creación hasta la fecha. Muchas de sus obras han sido traducidas hasta en 17 idiomas.

Quijote del humanitarismo contra el sofisma idealizado, aparecen sus «Principios» en 1921.

En «El Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales», ya no es el simbolista de sus juveniles divagaciones, sino el hombre íntegro frente a los inextricables problemas de la humanidad superviviente de la primera hecatombe universal. Apóstol, pensador, peregrino y combatiente del espíritu; conductor y objeto de conciencia; tal es Relgis en 1922, descendiente por tanto de la diáspora milenaria, de un pueblo proscrito y perseguido.

Igual que nuestro pensador universal Don Quijote, tiene sus mandrines y gigantes que combatir y entuertos que enderezar: El chauvinismo dirigido, la estólida conciencia del rebaño humano; grey resignada a morir por tal o cual bandera; totalitarismo, explotación, fronteras, y creencias alimentadas por la ignorancia y la superstición.

Relgis, sordo, comprendía a sus maestros por el movimiento de sus labios. Así pasó la juventud anhelosa de hallazgos precipita-

dos que maduraron después en su incansable vida de peregrinaciones con prolijas y rudas experiencias. En «Melodías de Silencio» nos retrata la vida indigente; las callejuelas tortuosas con sus artistas ambulantes y mendigos. Pensadores en las sombras del tiempo; dedos del papiro; personajes de la miseria, insólitas acuarelas vivas, misericordes inquietudes del corazón. «Melodías del Silencio» es una de las más logradas cronologías poéticas de la vida.

La juventud de Relgis se destaca escudriñadora de fenómenos y presencias, desde la intuición espontánea de sus primeras percepciones racionales, como poeta, hasta sus últimos postulados empíricos y sociales resumidos en «El Humanitarismo». La imaginación anatómica de su verbo le lleva de lo humano y tangible a lo metafísico. Analiza el mundo cósmico emparentado con el mecanismo orgánico, cuando el corazón precisa: «Una mina hundida en nuestro pecho, una mina siempre socavada, ya que nadie pudo penetrar hasta el fondo de sus secretos. En esta tan secreta mina, palpitante en su escondrijo, fluye la sangre roja de las dichas; la sangre negra de los sufrimientos».

Inevitablemente en cada adolescencia hay una ingenua espiga sin madurar. Las raíces pristinas horadan en los pechos las primeras dudas inquietas. Los pasos del otro lado del muro. El ser o no ser. Ser carne o espíritu. Medroso ante las fuerzas físicas con mixtificaciones ontológicas, o ser un coloso más, rebatiendo con aprehensión todas las concepciones generales o particulares ameneradas. En «Melodías de Silencio» y «Mirón el Sordo» se encierra en su propio ser, para sentir desde dentro la realidad buena o mala del exterior. Descubre y pesa las almas vivas de toda la mitad del siglo XX. Pionero, explorador de ideales tiende el puente de todos los grandes sabios moralistas y luchadores del espíritu, desde Oriente a Occidente: Schweitzer, Han Ryner, Zweig, Panait Istrati, Mallarmé, Tolstoi... Sus primeros años literarios son absorbentes de conocimientos y dinamismo creadores a la vez.

En 1923 fundó el Grupo Humanitarista ganando después las adhesiones de Rabindranath Tagore, Han Ryner, Upton Sinclair, Max Nettlau, Fabio Luz, G. Fr. Nicolai, Augusto Forer, Pierre Ramus, Stefan Zweig y muchos otros. Pieno de actividad creadora, escribe y publica «Literatura de la Guerra y la Nueva Era». «Columna entre Ruinas» y «Mirón el Sordo» plétores de candidez, pureza y filosofía.

¿Quién no recuerda al inmortal Beethoven arrancando notas de inagotable inspiración para que el mundo se deleite escuchando la música que el mismo creador no oye si no desde su estro fecundo?

Eugen Relgis quedó casi totalmente sordo siendo niño; sin embargo, asistió regularmente al Liceo, enterándose de las lecciones durante ocho años, por el movimiento de labios de los profesores.

El vestibulo de la nave laberíntica quedó cerrado a las melodiosas percepciones del sonido. Ni el canto retozón de las avejillas en la verdiflora exuberante, ni la palabra articulada del hombre: caudaloso río sin embocadura, mensajero racional de las generaciones perdidas en el abismo de los siglos. Mirón quedó sordo; esa maravillosa catedral de huesecillos perfectos como un instrumento electrónico se le cerro igual que un templo antiguo; pero los otros sentidos se fortificarán más, tal que en brazo reforzado por la pérdida del otro. Mirón el Sordo arranca a briznas los materiales de su voluntad para formarse un nuevo universo. A falta de oído nace en Relgis una fuente inagotable de cromáticas líneas musicales cimentadas en las ruinas de su mundo inaudible. Es así que surge su literatura exuberante, henchida de prodigiosos paisajes en un paroxismo de sonidos.

«Mirón el Sordo», es voz clamantísima con angustiosa fe en el porvenir. Todo vibra en él: colinas y ciudades; perfiles y sombras; campos y ríos. Hombres y fábricas; euforia y sufrimiento. Las hojas diurnas; la noche rumorosa, el sueño, la multitud, las promesas, el beso, la ilusión; todo lo que rubrica en la escala del sonido se le aparece como fantasmas silenciosos; pero recobran una nueva vida en la recreación de los adjetivos, en el verbo y en la facultad de sentir. Es decir, en su existencia infantil, reverdece la vida.

Relgis, inherente a Mirón el Sordo, se identifica en él con freudianas lubricaciones; recarga a su personaje con atavismos sensitivos y extremados espejismos. La serpiente del verbo, ahonda insatisfecha en sarcástico estilo, re-

creándose analíticamente en su propio sufrimiento. La narración transfluye con precisión pricalíctica. Por una parte recrimina los métodos pedagógicos de la época, y por otra, declina a su personaje traumático con mórbidas inquietudes. Aquí subrayamos que la inspiración y la lógica suelen ser cuñadas de mal unir. Dostoiéwsky, Dickens, Gogol y Tchekof, son cazadores de almas; pintores novelísticos de la vida. Freud es doctor de sentidos; mecánico incomparable de la psicoanálisis y Relgis, reuniendo facultades de la poesía de tesis y el humanitarismo orientador, queda arrobado por el personaje. El psicoanálisis restituye al psicopático, lo que la religión reprocha al pecador. Freud rescata las almas perdidas, para analizar los efectos fisiológicos de todas las anomalías del consciente, inconsciente y subconsciente del ser racional; base de los trastornos físicos, cuyo método consiste en curar al enfermo por la psicoanálisis. Este método ha trascendido a casi todos los autores de nuestros tiempos; unos con sentido de orientación; otros, degenerando en minuciosidades innecesarias. Así Mirón el Sordo (y que nos perdona Relgis por esta claridad) cae en hiperbólicas deducciones, sin faltarle al equilibrio moral lo que le sobra de claridad y precisión. Sin requerir en los elementos novelísticos que exige el encadenamiento lógico de todas las definiciones, «Mirón el Sordo» es egocéntrico con timidez de anacoreta. Sin embargo tiene reflexiones maduras cristalizadas en la pluma del autor. Lleva exuberancias fascinadoras con hambre de sentidos. Su nihilismo es contemplativo con respingues selváticos de monje restringido. La obra se salva por la pureza del estilo y su animada decoración social. El escritor forja su pluma en el yunque de la experiencia; Relgis conduce a sus primeros personajes hacia la santidad profana y al anarquismo místico, manejando en sus primeras obras un caudal de conocimientos y en las últimas una laguna de humanidades y principios incorruptibles. Escéptico y fatalista, Mirón el Sordo, al final es conmovido por el instinto. El canto a su primer amor, María, la mujer casada, es de confusa interpretación. No sabemos si es plegaria, canción erótica o himno. Es el hombre influenciado por dos corrientes polares: animalidad y espiritualidad. Un intento de concepciones abstractas, en el receptáculo de las impresiones. Nadie está muy al corriente de su propio ser. Eugen Relgis, retrata en Mirón el Sordo el orto de una vida frente a los elementos confusos de la sociedad.

VOLGA MARCOS

LUIS ARAQUISTAIN,

UN punto de partida para la adecuada comprensión de lo que Luis Araquistain representa en el proceso de la cultura española, etapa 1900-1959, sería el estudio de las generaciones intelectuales rectoras de la vida espiritual de España. Mucho se ha insistido sobre la influencia de la generación del 98 en la vida española, hasta el grado de valorarla con el comienzo de un nuevo Siglo de Oro de las letras. Más parecería que la generación del 98 apareció en España como fruto de generación espontánea, sin antecedentes que la condicionaran, más aún, sin el punto de apoyo de otras generaciones intelectuales que le preparasen el terreno.

El único antecedente sería negativo; la consabida decadencia española; la atomía política de las instituciones monárquicas; el caciquismo andaluz de la morenía iniciativa de los nobles; la muerte de los municipios; las imperfecciones de las universidades; la inoperancia militar y clerical, etc. El renacimiento histórico habría sido tan sencillo como suponer que un grupo de nombres, los del 98, sensibles a la decadencia española, se hubiesen propuesto crear una nueva tabla de valores de las cosas y los nombres españoles para renovar a España. ¿Fue así? ¿Puede ser así? ¿No tuvo España en el siglo XIX instituciones y nombres representativos, antecedentes omniácos del resurgimiento español que representan los del 98 en el cruce de los siglos?

Figuras como las de Marcelino Menéndez Pelayo revisando sistemáticamente el sentido de la letra y el espíritu del Siglo de Oro; la escuela arabista de don Francisco Cordera; la escuela española de jurisprudencia de don Eduardo de Hinojosa; Joaquín Costa interpretando las raíces económicas y sociales de España; Francisco Giner de los Ríos con su Instituto Libre de Enseñanza abriendo el alma de España al aire espiritual del mundo; Ricardo Macías Picavea, antecedente del espíritu crítico de los del 98; Pablo Iglesias y su mensaje político y sindical a través del Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores (1); Manuel Bartolomé Cossío iniciando la valoración del arte pictórico español; Felipe Pedrell reincorporando a la música española sus valores permanentes, he ahí algunos nombres e instituciones que expresan un aliento español de reafirmación histórica positiva.

Si la literatura influye tanto en la renovación de valores nacionales, entre los escritores anteriores a los del 98 encontramos a Pedro de Alarcón, Juan Valera, José María de Pereda, Jacinto Octavio Picón, Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas «Clarín», Vicente Blasco Ibáñez y Armando Palacio Valdés, además de los poetas Gustavo Adolfo Bécquer, Rosalía de Castro y Jacinto

(1) Reclamamos igual condición para Anselmo Lorenzo, impulsor del acratismo y principal artífice de la Confederación Nacional del Trabajo. (N.D.L.R.)

Verdaguer entre otros. ¿Nada representan estos hombres en la renovación de valores espirituales españoles? ¿Nada influyeron en la formación literaria de los del 98?

Los del 98 forman el llamado VABUM (Valle Inclán, Azorín, Baroja, Unamuno, Maeztu y Benavente). Como quedaban fuera hombres que influyeron tanto como ellos en la renovación de valores intelectuales y artísticos, se ideó el llamado MAJO (Gabriel Miró, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset).

¿Cuál fué la obra de la generación del 98? «La generación del 98 — decía Manuel Azaña —

pañero de banco a otro gran olvidado; Tomás Meabe. Como la mayoría de los estudiantes libres, no hizo carrera. Quiso ser marino, no para el comercio sino para la aventura, y no pudo ser marino. Más que una profesión liberal le preocupaba la cultura liberadora. Lee y lee. Muy joven aún emigra a la Argentina, donde residió desde 1905 a 1908, trabajando, primero en el ferrocarril de Bahía Blanca al Pacífico, allá por el kilómetro 46 de la nueva línea. Ese primer contacto con la realidad hispanoamericana creó en él una de sus constantes, la del hispanoamericanismo, a la que nos referiremos más adelante.

por F. FERRANDIZ ALBORZ

innovó, trastornó los valores literarios. Esta es su obra. Todo lo demás esta lo mismo que ella lo encuentro. En el orden político, lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98 está por empezar.»

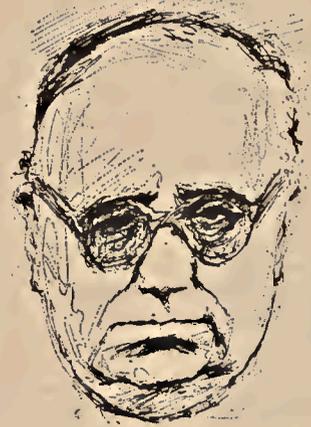
En los grupos generacionales que hemos señalado no figuran nombres de tanta influencia como Joaquín Sorolla, Santiago Ramón y Cajal, Rafael Altamira, Ramón Menéndez Pidal, Manuel de Falla, Manuel Azaña, Eugenio d'Ors, Antonio Zozaya, Gabriel Alomar y otros que en la prensa, el libro, la tribuna o la cátedra dieron tono a la cultura española entre los dos siglos y en las primeras décadas del siglo XX. En la nomenclatura de generaciones tampoco hallamos el nombre de Luis Araquistain, y no es justo. Como en la integración de estas generaciones se tenía en cuenta la capillita o la tertulia de café, se consideran al margen a quienes ante todo eran hombres de militancia política, como en los casos de Manuel Azaña y Luis Araquistain. También porque a los gerifaltes de cada generación les preocupaba la revolución literaria o artística, y a los dos exceptuados, fundamentalmente, la revolución política y social.

Luis Araquistain, aunque frecuentaba peñas de café, no pertenecía a ninguna capillita. La aventura de su adolescencia y juventud lo situó, desde los albores de su razón, frente al problema social y en él se definió como socialista. Nacido en Bárcena de Pie de Concha (1896), provincia de Santander, cursó el bachillerato en el Instituto de Bilbao como alumno libre. Tuvo como com-

pañero de banco a otro gran olvidado; Tomás Meabe. Como la mayoría de los estudiantes libres, no hizo carrera. Quiso ser marino, no para el comercio sino para la aventura, y no pudo ser marino. Más que una profesión liberal le preocupaba la cultura liberadora. Lee y lee. Muy joven aún emigra a la Argentina, donde residió desde 1905 a 1908, trabajando, primero en el ferrocarril de Bahía Blanca al Pacífico, allá por el kilómetro 46 de la nueva línea. Ese primer contacto con la realidad hispanoamericana creó en él una de sus constantes, la del hispanoamericanismo, a la que nos referiremos más adelante.

Viajó en Europa por Francia, Inglaterra y Alemania. Le obsesionaba lo que Leo Frobenius llamaba «la cultura como ser viviente», y como ser vivo por excelencia, el hombre, los hombres, los pueblos y el verbo de los pueblos. La guerra europea (1914-18) abre el pórtico de trascendentes catástrofes históricas. El director de «El Liberal», de Madrid, Alfredo Vicenti, le alienta en su carrera periodística. Aparece en el horizonte político internacional la primera polarización de bandos: francófilos y germanófilos. En líneas generales los espíritus liberales son francófilos y los reaccionarios germanófilos. Araquistain es francófilo.

En 1915 José Ortega y Gasset funda la revista «España». En 1916 se encarga de su dirección Luis Araquistain. El semanario se convierte en aglutinador de la inquietud renovadora del pueblo español. El 12 de enero de 1916 Araquistain publica en el «Daily News», de Londres, un artículo acusando el soborno que el dinero alemán ejercía sobre la prensa española. Araquistain afirma que se pueden contar con los dedos de una mano los diarios madrileños que no están vendidos al oro alemán. Le replica la prensa germanófila y contesta él en «España», 3 de febrero de 1916, con su artículo «La prensa española y la guerra». Es su primera gran polémica. En su labor, que inicia el despertar de la conciencia intelectual española hacia los temas políticos españoles, le acompañan en «España», Miguel de Unamuno, Luis Bagaría, Enrique Díez Canedo, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Machado, Luis



de Zulueta, Lorenzo Luzuriaga, Juan de la Encina, Alvaro de Albornoz, Rapián Vidal, Salvador de Madariaga, Luis Bello, Marcelino Domingo, Fernando de los Ríos, Gabriel Alomar, Sánchez Díaz, y otros.

Fruto de la polémica en torno a la política española y los problemas derivados de la guerra, fueron sus libros: «Polémica de la guerra», «Los ideales políticos» y «Entre la guerra y la revolución».

El pensamiento de Araquistain se mantuvo en un reformismo social, socialista, de realismo crítico, en el que se compaginaban los imperativos económicos, condicionadores de la vida nacional y el gran ideal de la convivencia de todos los pueblos en una estructura ecuménica.

Entre francófilos y germanófilos apareció una tipología intermedia, aunque en realidad eran germanófilos vergonzantes. Especulaban en torno a los prejuicios de toda guerra para conquistar la adhesión de las gentes marginales ante cualquier evento histórico; los partidarios de que España continuara siendo un país marginal, sin voz europea ni internacional. Eran los cultivadores del colonialismo interno, los medradores oligárquicos, explotadores de una nación de obreros emigrantes. Pasaron los años y los continuadores de aquellos políticos de la neutralidad, fueron los agentes de una agresión bélica fratricida, la más horrorosa que registra la historia.

La guerra internacional desencadenó la guerra social en la España de aquellos años. España, país periférico, neutral, no pudo eludir la contienda social engendrada por la guerra, y estalló la huelga general revolucionaria de agosto de 1917.

¿Qué significó la huelga general de agosto de 1917 en el proceso social español e internacional de aquellos tiempos? Veamos cómo la interpretó Luis Araquistain:

«No se sabía lo que era una huelga general indefinida. No lo sabían los gobiernos, no lo sabían las empresas capitalistas, no lo

su obra en su tiempo

¿Sabían tampoco los mismos obreros. Ahora nadie lo ignora. ¿Y qué piensa cada uno? La clase obrera española debe estar orgullosa de su esfuerzo. Dió un ejemplo de solidaridad, de organización, de fuerza social, de sensibilidad política apenas igualado por los trabajadores de ningún país. En vano recordamos las grandes huelgas, las generales de Bélgica, de Suecia y las gigantescas de Rusia, que después de una docena de años de acción continua pudieron, por desgaste y a favor de la guerra, derrocar al zarismo; las parciales de Inglaterra, Francia e Italia; la huelga española de agosto de 1917 nos parece, por su extensión en tiempo y espacio, por su cohesión y rapidez en declararse, proporcionalmente una de las mayores, tal vez la mayor que se registra en la Historia. ¿Y ha de ser esto motivo de desaliento? Nadie a quien no ciegue el interés — de clase, la pasión personal o la carencia de perspectiva — sucesos de esta magnitud exigen un amplio horizonte mental, un examen visual a distancia, para no perder la grandeza del contorno — dejará de reconocerlo.» (Luis Araquistain. «Entre la guerra y la revolución, la huelga general de agosto» (1917).

Los propósitos programáticos de aquella huelga fueron el derrocamiento de la monarquía. El fervor de las masas y el proceso y encarcelamiento del Comité de Huelga, integrado por Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Andrés Saborit y Daniel Anguiano, evidenciaron que las ambiciones eran de mucha voluntad histórica. (En el aspecto personal la huelga estuvo preparada y dirigida por Pablo Iglesias (2). Araquistain y «España» estuvieron en el centro de esa conmoción social de tanta repercusión en el proceso institucional español. Por la primera vez en España, al margen del movimiento político militante, apareció un movimiento cultural de contenido social. La cultura no sólo para minorías elegidas — elegidas por los mismos elegidos — sino para elevar a preocupación inteligente los problemas del diario vivir de todas las gentes. Esto se debió a Araquistain y a «España».

(2) Se sale de la realidad histórica la parcialización de aquel conflicto en favor del elemento socialista. La huelga de agosto de 1917 y la preliminar de 24 horas habida también en toda España en diciembre de 1916, fué obra común merced al pacto establecido entre la U.G.T. y la C.N.T. A más añadir, lo que en agosto de 1917 en Madrid fué solamente huelga en Cataluña se convirtió en revolución de cinco días sostenida por los anarquistas. — (N.D.L.R.)

Desde entonces la cultura española se bifurca. José Ortega y Gasset, para quien la cultura es faena de selección minoritaria, y Luis Araquistain, para quien la cultura es función selectiva para todos. En este último sentido, la cultura, que es menester político y social, se dirige por igual a la fenomenología del espíritu, al mundo de las relaciones subjetivas con el mundo exterior, así como a la crítica del Estado y de las relaciones de clase. No busca sólo una consecuencia teórica para la modificación de la sociedad. Ante el llamado pensamiento puro parece endeble el pragmatismo del pensamiento social, pero éste resulta a la postre de mayor contenido histórico, pues hacer historia es la finalidad del hombre.

En la tarea histórica de Luis Araquistain se observa el deseo de que los trabajadores se eleven a jerarquía concreta de representación. Quería elevarlos para que elevaran su visión finalista. Mas él se había preguntado: ¿Pero es que hay una «lucha final»? ¿Es que en historia puede haber una lucha final? Lo que no implica la negación de un fin en cada etapa de lucha. El concepto de «lucha final» es teoría mesiánica, aunque Marx, por imperativo de raza, era medio mesiánico.

El contenido histórico de la teoría social de Araquistain, su teoría social histórica, se evidencia en su libro «España en el crisol». Un Estado que muere y un pueblo que renace. Ulteriormente Araquistain se enfrentó con «La rebelión de las masas», de José Ortega y Gasset. Sin embargo, Araquistain no fué un antiorteguista. Su posición dialéctica era anterior. Su libro es antípoda de la «España invertebrada», del filósofo, ambos aparecidos en el mismo periodo y bajo idéntico deseo comprensivo de la realidad española. El libro de Ortega y Gasset nos muestra una teoría de España en función de devenir. El libro de Araquistain nos enseñó lo que España debía hacer «aquí y ahora». Ortega y Gasset teorizó pesimista al margen de la circunstancia de tiempo. Araquistain, dialéctico, con circunstancia de lugar y tiempo, fué en aquella coyuntura más que optimista, un pesimista activo, heredero de la hispánica posición pesimista de Macías Pícaea, Joaquín Costa y Julio Senador Gómez.

El fin de la guerra europea (1918) con el triunfo de la democracia y la revolución rusa, fueron acontecimientos de tanta repercusión internacional, que ningún pueblo escapó a su influjo. España no pudo escapar, sencillamente porque en ella existían las contradicciones sociales incitadoras de la guerra y de la revolución, y porque el móvil ideal

por el que tantos millones de hombres habían sucumbido, había echado raíces en la conciencia española. La huelga revolucionaria de agosto de 1917 fué el albadonazo que anunciaba la mayoría de edad política del pueblo español. Se acentuó desde entonces la existencia de dos Españas, la oficial y la real, cuyo diagnóstico Araquistain anunciaba con el subtítulo de su libro: «Un Estado que muere y un pueblo que renace». La lucha por el poder, con el consiguiente desplazamiento de la monarquía, se retrasa unos diez años porque el ejército, ante el peligro de poder perder sus excepcionalísimos privilegios con el cambio de régimen, se erigió en dictadura, ayudado por las oligarquías clerical y latifundista? ¿Para salvar la monarquía? En realidad para salvar sus privilegios y para que quedara sin responsabilidad la que les cubría como tales y como encubridores de la ley del rey en el desastre de Annual. El mascarón de proa de aquella dictadura fué el pintoresco general Primo de Rivera, a quien, como no tenía pasta trágica, lo abandonaron sus propios compañeros de armas y lo traicionó el rey en la hora decisiva de hallar otra salida.

Durante la dictadura, la que el doctor Gregorio Maraón tituló de «Los años indignos», Araquistain ejercía su magisterio periodístico en «España» y «El Sol». (Por entonces colaboraba muy asiduamente en «La Nación» de Buenos Aires, y otros rotativos hispanoamericanos). El ocio político impuesto por la dictadura militar le obligó a hacer política en otra dirección, la literatura. De entonces es su incursión en el teatro, con sus obras «Remedios heroicos», «El coloso de arcilla», «La rueda de la virtud», «El Rodeo» y su adaptación de «Volpone o el zorro», de Ben Jonson. Estas obras son tratados de psicología personal, social y política con una previa política formativa de la personalidad. Desde sus primeros escritos Araquistain insistió en la necesidad de hacer del español un hombre de carácter que incidiese a la vez sobre las instituciones superiores: la familia, la colectividad, el Estado. De su convivencia con los ingleses le brotó ese cultivo del carácter que desarrolló en su obra. Teatro ibseniano. Araquistain se declara admirador y discípulo del autor de «Espectros».

Otro aspecto de su creación literaria fué la novela. Novela de crítica social y de análisis de la patología nacional es «Las Columnas de Hércules». Sin abandonar la presentación de tipos que dan fisonomía al ser español, la novela de Araquistain es en realidad de crítica y polémica. Lo más sustancioso de dicha no-

vela creemos es el espacio que dedica a estudiar las letras españolas en unos diálogos de redacción. Otra novela, o serie de novelas cortas, son las que integran el volumen titulado «La vuelta del muerto», en las que lo específicamente literario, al margen de lo crítico, alcanza profundo perfil artístico. Otra obra de imaginación fué la novela «El archipiélago maravilloso», que el autor subtitula «Aventuras fantasmagóricas», aunque las realidades que interpreta: inmortalidad, femineidad, hombridad, sociedad y vida son temas bien reales.

Algunos de sus mejores ensayos fueron recogidos en su volumen «El Arca de Noé», y su temperamento polémico, de apasionada erudición, de magisterio académico por lo serio y popular por lo claro, como todo lo suyo, reapareció en su libro «La batalla teatral», en el que, igual que en toda su obra, lo predominante, el arte y la literatura, lo interpreta como instrumento para la renovación de valores españoles; para que España deje de ser una colonia de sus oligarquías.

Como resultado de su primer contacto con la realidad vital de Hispanoamérica, Araquistain hizo del hispanoamericanismo una de sus constantes. Ya en su trabajo «Una Universidad Hispanoamericana» («España», núm. 24, 1915) afirma su preocupación por nuestros problemas. Luego, en su trabajo, «La ciudadanía alternativa» («España», núm. 43, 1916), martillea sobre el mismo problema. Entre sus colaboraciones periodísticas se podría entresacar más de un volumen sobre el tema, pero además tiene en su haber tres libros fundamentales: «El peligro yanqui», «La agonia antillana» y la «Revolución mejicana». Síntesis de su propósito en esta constante de Araquistain puede ser lo que dice en el prólogo a «El peligro yanqui»:

«El peligro yanqui, además, lo es especialmente para el resto de América. El capitalismo norteamericano puede ser escuela de progreso para las Repúblicas rezagadas de América; pero tras el capital van la bandera, los ejércitos, las instituciones, la lengua, la cultura del pueblo invasor. Admiramos vivamente la cultura anglosajona; ha sido nuestro mayor sustento espiritual; pero la aborreceríamos si quisiera imponérsenos, descuartando la personalidad histórica de nuestro país. Y en cierto modo, cada país americano de lengua española es una continuación, a veces superada, del nuestro...»

● Terminará en el próx. núm. ●



E. Hemingway decepciona nuevamente

LA revista « Life » anuncia que en el año actual y a cargo de la casa editora Scribners, aparecerá una nueva obra de Hemingway. « El verano sangriento » («The violent summer») será el título de la obra y su contenido, totalizando 120.000 palabras, tratará de la rivalidad de los toreros españoles Luis Miguel Dominguín y Antonio Ordóñez.

Esta noticia invita a meditar sobre la involución del autor de «Por quién doblan las campanas» («For whom the bells toll») y «El viejo y el mar» («The old man and the sea») a quien habíamos considerado, llegado un momento, como el digno sucesor de Jack London. Sus heridas en la Primera guerra mundial, su presencia en nuestra contienda ibérica, fruto de la cual fueran «Por quién doblan las campanas» (1940) y la recopilación de narraciones bajo el título de «La quinta columna» («The fifth column»), y sus aventuras en el África, con fruto literario también: «Green hills of Africa» (1935), nos habían llevado a compararlo con el autodidacta Jack London, bien que con ciertas reservas porque la prueba del ácido no permitía una igualdad de valores entre «La rueda de hierro» («The iron heel», 1907) y «El valle de la Luna» («The valley of the Moon», 1913), verdaderos ensayos sociales, y «Por quién doblan las campanas» y «La quinta columna», que no pasan de novelas amenas en las que si bien se pone de manifiesto la simpatía del autor a favor del bando republicano, la trama se ve envuelta, en la primera de las obras citadas, en una atmósfera de artificialidad por la presencia del americano que todo lo soluciona.

Esta inferioridad de valores, empero, no fué motivo suficiente para que el señor Ernesto Hemingway nos desmereciera porque en España, mejor dicho, los españoles, no exigimos que nos comprendan sino que traten de comprendernos y pareciera que Hemingway lo hubiera intentado. Las diferentes obras que España le inspiró, hasta el final de nuestra revolución, marcaban un camino ascendente. Primero es «El sol sale para todos» («The sun also rises», 1926) y, seis años más tarde, su biblia del torero «Muerte en la tarde» («Death in the afternoon»), para pasar después a sus dos obras ya mencionadas y escritas con motivo de nuestra guerra peninsular.

Desgraciadamente el punto culminante hemingwayano pasó a ser parte del pasado y sus obras, posteriores a 1940: «Across the river and into the trees» (1950) y «El viejo y el mar» («The old man and the sea», 1952) que, parece ser, decidió a los despistados

suecos a concederle el galardón tan codiciado del Premio Nobel, marcan un descenso que, a juzgar por el primer capítulo publicado por « Life » (31 de octubre de 1960) se hace aún más pronunciado en «El verano sangriento».

Otra fase de la decadencia de Hemingway la pone en evidencia su actitud frente al régimen franquista contra el cual se había manifestado tan abiertamente durante la guerra nuestra y los primeros años prebélicos.

Por lo visto, y según él mismo nos explica en la introducción a

su obra, el que no hubiera ido a España de nuevo, no era consecuencia de una actitud que podríamos llamar «censura moral» frente al franquismo sino porque «nunca esperé — dice — que se me permitiera volver al país que yo amaba...»

Consciente de la humillación en que incurre trata de mitigarla alegando que todos sus amigos encarcelados en las cárceles españolas ya han recobrado la libertad y que, por lo tanto, ya no hay reparos de conciencia de ninguna clase que impidan pasar el puente internacional de Hendaya. A Hemingway le tiene sin cuidado el que toda la España sea una cárcel, que el garrote vil y los fusilamientos no cesen de segar vidas y de que, aun ahora, a 21 años de terminada la guerra se juzgue y se condene a muerte a los españoles por hechos con anterioridad a 1939.

Le tiene sin cuidado y se conforma a entrar en España, lo que podía realizar si se «abstiene de abrir la boca en materia política». Para mejor garantía se protege con un amigo que le da una carta de recomendación del duque Miguel Primo de Rivera y, al entrar se queda maravillado de la cultura del policía que le revisa el pasaporte: «He leído todos sus libros y tengo gran admiración por usted. Déjeme sellar esto y ver si puedo ayudarlo en la aduana».

Hemingway se convierte así en algo incongruente y anacrónico. Sus dejaciones de dignidad, su ignorancia del drama español y su libro sobre los toros son la ne-

gación total y definitiva de aquel Hemingway de «Por quien doblan las campanas».

Pasa a ser un americano más de las fuerzas de ocupación de las bases de Tarragona, Cartagena, Torrejón y Rota y del ejército de turistas que tienden, cada vez más, en convertir a España en otra «reserva» de los países «civilizados» con igual importancia y aliciente que la reserva de caza de Rodesia o la reserva de Pieles Rojas del Oeste estadounidense. España va convirtiéndose, más y más, en la nota discordante de una Europa progresista y el mundo industrializado va a ello escapando de la «standardización» y la monotonía maquinista: «Very typical, very typical», exclaman las bandadas de turistas que penetran por Hendaya y Port Bou ante un mundo que la industria turística sedienta de divisas se amaña por adornar de colorido detrás del cual se esconde la miseria de un pueblo que el extranjero no ve.

por Víctor GARCIA

«Let us go to Spain» (vámonos a España) dicen los soldados y marineros de Rota, como si Rota no fuera España, cada vez que salen de la base naval a comprar la hambruna aldeana con sus dólares.

El señor Hemingway está muy por debajo de aquel otro americano que en 1828, con motivo de su primera visita, se enamoró también de España, pero no de los ruidos carniceros sino del español, de su leyenda, de su carácter, de su suelo y de su sol: Washington Irving, «el primer americano letrado», como se complacen en afirmar los propios americanos, lo fué gracias a España. Su sol lo encandiló como el provenzal lo hizo con Van Gogh y el de Italia con Turner. Lo mejor de Irving no es su «Diedrick Knickerbocker's» (1809), a pesar de que hiciese reír al ceñudo Walter Scott ni el «Bracebridge Hall» (1832); lo mejor de Irving es su Cristóbal Colón: «A history of the life and voyages of Christopher Columbus» (1828) y, sobre todo su Alhambra: «The Alhambra» (1832), que es la obra que, en definitiva, consagra el clasicismo de Washington Irving, y ello gracias a España, que convierte al escritor en artista por su hipersensibilidad que nuestra península hizo eclosionar para «que el idioma inglés adquiriera más claridad», como dice Campbell y para que el propio Irving pasara a ser «uno de los más encantadores maestros de nuestro idioma» (Thackeray).

A más de un siglo de distancia

de su compatriota, Hemingway se nos aparece híbrido, sin resonancia; mientras que, en todo visitante de Granada, es de rigor e imprescindible, para compenetrarse con la hermosa ciudad omeyyada, la obra de Washington Irving, condimentada con las leyendas inolvidables de La Aventura del Albañil, la del Astrólogo de Arabia, la del Príncipe Ahmed al Kamel, el Legado del Moro, las Tres Bellas Princesas, la Rosa de la Alhambra y las Dos Estatuas Discréticas.

A pesar de su Premio Nobel de Literatura — quizás debido a él — Ernesto Hemingway no ha dado lo que esperábamos y que sus primeras obras prometían. Después de habernos ofrecido, a los 27 años, «The sun also rises», «Hombres sin mujeres» (Men without women), un año más tarde (1927) «Adiós a las armas» (Farewell to my arms) en 1929, «Winner take nothing» (1933), la narración de su *safary* en Tanganyika: «Green hills of Africa» (1937) hasta alcanzar su vértice en «Para quien doblan las campanas». Hemingway inició su camino de descenso.

Los que concurren las plazas de toros españolas han ofrecido nuevamente argumento al autor de «Muerte en la tarde» y la barba blanca del autor es tan popular como inevitable en los ruidos taurinos, al extremo de que un excéntrico, americano también, se permite usurparle la barba a Hemingway y a firmar autógrafos con el nombre del ganador del Nobel.

La única objeción de Hemingway ha sido: «Mientras no firme cheques con mi nombre...».

Ha querido erigirse en catedrático de la tauromaquia y engarzar la «Muerte en la tarde» con «El verano sangriento», esperando recibir el espaldarazo de la crítica que, por lo visto, no está dispuesta a darle, ya que tanto la prensa, sin excepción, la taurina y la comercial en general, lo han apabullado y maltratado y el propio Ordóñez, su favorito en el ruedo, se ha mantenido discretamente orillado en todo el proceso.

Tiene muchos años ya el señor Ernesto Miller Hemingway — nació en 1899 — para que pueda enderezar su derrotero de escritor. En cuanto a su cátedra de torero es de esperar que los españoles y los mexicanos taurófilos se la negarán siempre.



VERSOS A RECORDAR

Romance

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo;
porque para andar conmigo
me basta mi pensamiento.
¡No sé qué tiene la aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos!
Ni estoy bien ni pal conmigo;
mas dice mi entendimiento
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo,
como se sufre a sí mismo
un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan
fácilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento;
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.
La diferencia conozco,
porque en él y en mí contemplo,
su locura en su arrogancia,
mi humildad en su desprecio.
O sabe Naturaleza
más que supo en otro tiempo,
o tantos que nacen sablos
es porque lo dicen ellos.
Sólo sé que no sé nada
dijo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad
adonde lo más es menos.
No me precio de entendido,
de desdichado me precio;
que los que son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
porque dicen, y lo creo,
que suena a vidrio quebrado
y que ha de romperse presto.
Señales son de juicio
ver que todos lo perdemos,
unos por cartas de más,
otros por cartas de menos.
Dijeron que antiguamente
se fué la verdad al cielo:
¡Tal la pusieron los hombres
que desde entonces no ha vuelto!
En dos Edades vivimos
los propios y los ajenos;
la de plata los extraños,
y la de cobre los nuestros.

Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos:
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra
universal movimiento,
la mejor vida el fávior
la mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas
y no me espanto, aunque puedo.
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros
cuyos mármoles eternos,
están diciendo sin lenguas
que no lo fueron sus dueños.
¡Oh, bien haya quien los hizo,
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!
Fea pintan a la envidia,
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quién vive pared en medio,
sin libros y sin papeles,
sin tratos cuentas ni cuentos.

Carta recibida

Sr. Director de «Solidaridad Obrera», 24, rue Ste-Marthe. — Paris (X).

MUY señor mío:
Por diversos conductos han llegado a mí varios números del SUPLEMENTO LITERARIO de «Solidaridad Obrera», el último creo que es el que me ha enviado amablemente, hace varios meses, el señor Valera, que tuve el gusto de conocer en uno de mis recientes viajes a Paris. El resultado de estos contactos casuales con vuestra revista ha sido el deseo de recibirla regularmente. Le ruego, pues, me haga una suscripción a SUPLEMENTO LITERARIO para 1961.

Y como un encuentro entre españoles, fuera de España, aunque éste no tenga lugar más que por correspondencia, no puede ni debe realizarse sin un mínimo previo a la presentación, le diré que pertenezco al grupo, cada vez más numeroso, de los exilados voluntarios, por razones intelectuales. Por este motivo considero tan compatriotas y hermanos, ¡mucho más aún!, a los españoles que por razones políticas o económicas han tenido que alejarse de la tierra que los vio nacer. Yo he hecho todos mis estudios universitarios en España y, a la primera ocasión que se me ha presentado, he huido como se huye de una atmósfera asfáltica y pestilencial, de nuestra tierra. Hace ya siete años de esto. Cuando salí por primera vez, gracias a uno de esos errores que suelen cometer los detentadores del poder, lo pude hacer con beca. Desde entonces he dado más o menos tumbos, me he aireado un poco recorriendo en diversas ocasiones una buena parte de Europa. Siempre pensé que este exilio voluntario no duraría más que dos ó tres años, porque la situación creada me parecía insostenible, pero ya ve usted, los años pasan, y con ellos las esperanzas merman. La impostura, gracias a las circunstancias internacionales y a la increíble acomodación de «nuestros» dirigentes, se prolonga más de lo que la sociología o la filosofía de la historia podrían dejar suponer. No he roto aún las amarras con la patria, ni tengo intención de ha-

Cuando quieren escribir piden prestado el tintero. Sin ser pobres ni ser ricos, tienen chimenea y huerto; no les despiertan cuidados, ni pretensiones ni pleitos, ni murmuraron del grande ni ofendieron al pequeño; nunca, como yo, firmaron para bien, ni pascua dieron.
Con esta envidia que digo y lo que paso en silencio, a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

LOPE DE VEGA

cerlo; es posible que allí me eviten el trabajo de tomar esta decisión, y un día u otro, gracias a alguna « imprudencia » mía, que no estoy lejos de cometer, me corten el camino de vuelta. Lo sentiría, porque aún puedo seguir disfrutando de unas semanas anuales de convivencia con los míos, que quedan en España, pero si llega a producirse este corte oficial, tanto peor para mí y sobre todo para « ellos ». Lo de « imprudencia » lo digo porque dentro de poco pienso enviar a diversos países de América un libro que he escrito sobre la novela española contemporánea. Ya comprenderá usted que el hecho de enviarlo a América y desistir de probar suerte en España se debe a que dicho trabajo lo he querido realizar prescindiendo de toda ortodoxia oficial y pretendiendo ser objetivo y claro, cosas que son un pecado capital para los que desde hace 25 años son detentores de la verdad y del bien, y no hacen sino usufructuar los bienes materiales de una nación, gracias a las camisas de fuerza, a las mordazas y a la total asfixia del espíritu de 30 millones de hombres. Desde mucho antes de salir de España sentía una necesidad profunda, mucho más amplia, vaga y angustiada de lo que son capaces de expresar las palabras, de respirar aire sano. Sentía una necesidad casi metafísica de poderme ganar mi pan honradamente, sin tener que sacrificar el desarrollo normal de mi inteligencia, sin verme forzado a consentir la parálisis de mi razón, por falta de ejercicio adecuado. Yo sé muy bien que los católicos están de acuerdo conmigo en que el pecado mayor que puede cometer un ser humano, el único pecado, consiste en contra-restar o en cohibir el desarrollo normal de la naturaleza humana y sobre todo del espíritu; pero estoy más convencido aún de eso, de que los tales están ya demasiado acostumbrados a echarse al hombro el zurrón de su conciencia porque la experiencia les ha demostrado que la mejor manera de vivir bien, que es en el fondo a lo que aspiran, consiste en « engañarse a sí mismos », quitando de la vista ese molesto compañero de viaje. Dicen que creen en Dios, y sobre él siguen echando la cruz que fabrican todos sus egoísmos y todos sus crímenes contra la humanidad. Así, son los responsables de que se vaya extinguendo, en los que viven en su dominio, la chispa de fe en lo noble que la naturaleza pone en todos los mortales.

Disculpe que me haya permitido estas breves expansiones, y considérelas sólo como un testimonio de simpatía por todos los que sufren hambre de justicia, libertad y patria.

Le saluda a usted atentamente
su s. s., — J. CORBINOS.



REPOSA, ESPAÑA

Amor limado contra tanta losa
como contra una piedra una na-
[vaja.
Amor que día a día así trabaja.
Campo de soledad. Cielo de fosa.

Pretendemos hacer a España her-
[mosa
cual trabajar en nuestra propia
[caja
de muerto; España que en la luz
[se cuaja
como un sepulcro funeral. Reposo.

Reposo, España. Todos reposemos.
Oh blanca tumba entre la luz su-
[mida.
Blanca luz de la muerte que
[bebemos

a diario. No de muerte, no de vida;
de amor de ti nos envenenaremos,
España del amor, patria extin-
[guida.

José Luis CANO



VAGONETA

Empuja, empuja, minero,
empuja la vagoneta;
que hoy es el Tercio Extranjero,
capataz con bayoneta,
quien cuida mina y patrón
de la cuenca langreana,
hasta el Valle de Turón.
Serrana:
no lleses la cesta a Antón.
Que aunque te diga el sargento:
«Dice que no tiene gana»,
yo soy minero y no miento.
Roto de pecho y pulmón
apareció esta mañana
muerto en el Pozo-Sotón.

¡Malhaya, madre, el carbón!
¡Ay, cuanta sangre asturiana
va enrojeciendo el Nalón!

Alfonso CAMIN



EPIGRAMA

Bueno es ser árbol, viento.
Su grandeza inconsciente.

Y no pensar, no temer.
Ser, apenas. Eminentemente.

Permanecer uno y siempre
solo y ajeno a su propia suerte.

Con el mismo rostro sereno
frente a la vida o a la muerte.
Marly de OLIVEIRA



La Pantalla

INVOCACION AL CINE POPULAR

EL panorama cinematográfico en España infunde tristeza. Lo autóctono no tiene gracia, estilo ni vértebra cuando escapa de la magia concepcional y realizadora de tres o cuatro animadores, los más conocidos por fortuna. Cuando ellos huelgan, meditan o preparan, la pantalla «nacional» queda híbrida si no absolutamente desaparecida.

Del folklore se abusa tanto, se le apura con tal aliento de refrito, que un pantalón estrecho y unos farvalaes presididos por la consabida guitarra no abocan a la taquilla sino a los insensibles y rutinarios. El ripio del cuplé lo ha desacreditado — por abuso — la bonitísima Sara Montiel, pues caras de ángel no siempre relucen arte. Porque arte es belleza, sí, pero también variedad e ingenio. La aplicación del cuplé en la vida fácil de las personas banaliza al cuplé más de lo merecido. «El relicario», por ejemplo, de tanto darse en candilejas se ha convertido en plaga para el cine. Si las luces del frívolo cantar se extinguieron, no hay razón para que a la pantalla se le procure a sabiendas sepulcra suerte.

A Carmen Sevilla, criatura graciosa, de buen ver y desenvuelta, la pierden igualmente con regionalismos reiterados, mínimos,



Carmen Sevilla

desaparecibles. Cual ella es, se salva y nos salvaría con argumentos de envergadura. Los Quintero, los Palacio Valdés bien están para escenas y para lecturas. La cáscara de caracol española nos estanca, nos reduce, nos pierde brío y posibilidades. Los clásicos y los teatristas del XIX y XX nos introdujeron en los salones del Mundo y en tanto los Buñuel, Berlanga y Bardem nos aproximan las pantallas internacionales, la cinemática española en institución se reduce, se constriñe esperando la hora de un Viernes Santo que, si en Sevilla produce dinero, en la Pantalla nacional no suscitará alborada de pascuas.

Pero claro, siempre se choca con lo mismo: el bajo techo del régimen, el código rojo del Santo Oficio. La guerra interior da tema que hay que tratar sin agnosticismo, prodigando razón a los bandidos vencedores. En español de ahora hay que usar el reflejo para elogiar plebeyeces e indignidades fascistas contra la razón liberal de los propios italianos y alemanes. Al Cristo inútil de los años 36, 37, 38 y 39, cruelmente explotado por los curas fusileros, hay que dotarle de las gracias que no tuvo. La trágica represión de durante seis años, con ríos de lágrimas, mares de sangre y cadáveres a montañas, daría argumentación viva y diversa y experiencia al mundo civilizado. Mas todo hay que callarlo. ¡Tabú! La bestialidad místico-clerical impone sus respetos, mientras los autores se anodinan.

El cine francés no dispone de un Max Linder; pero éste dió un Fernandel al país y un Charlot a todo el mundo. En lo trágico dispuso de un Signoret, de un Mathot... y los conservatorios no cesan de aposentar valores artísticos en las tablas y en los estudios. Los humoristas a lo Simon, Tessier y Bourvil abundan, y cuando un Yves Denlaud se malogra la estrella del humor inteligente no se eclipsa. Con libertad en los decires todo autor coparticipa a la obra general con su arte y su ingenio peculiares, cupiéndole incluso a un Cayate el derecho de hacerse tratar por la alta justicia y no por cualquier



La Escena

Consideraciones teatrales y musicales

SIN cesar hemos pasado por esta crónica lo que se da de teatro catalán en la ciudad de Barcelona. Pocos estrenos y algo más de repeticiones. En Guimerá de esta vergonzosa época se estira José María de Sagarra, hombre pagado de sí mismo y no admitiendo comparaciones. Por eso cuando menciona a Don Angel es para desactualizarlo, para dejarlo imposible, bien recluido en su tumba de muerto solitario. ¡Lo que pesa «Terra Baixa»!



María Casares

Novelisticamente el idioma de aquí se anima porque parece permitido, no como concesión, sino por razones estratégicas. La diplomacia falangista se ve apurada en París, Londres y Nueva York para justificar la asfixia de las culturas regionales, y a los embajadores hay que darles un margen de respiro. Correspondiendo a esta simulada galantería, los Josep Pla, los Carles Soldevila, los Sagarra genuflexionan escribiendo un español garbancista. Lo catalán que se da a la estampa — teatro, historia, relatos, geografía — por conformista, dominador y religioso, con pocas excepciones ningún elogio merece.

corchetero como en nuestro país ocurriría.

El cine popular, el reflejo emocional e íntegro en España se desconoce, y sin embargo las salas proyectistas se llenan a semejanza de los estadios. Y es que la gente está de tránsito en este mundo y no le acomoda, por lo que avieja, la espera. En cuyo caso se acoge al cine yanqui, alemán, italiano, francés o azteca para huir de la realidad franquista. Al deporte vamos también multitudinariamente en demanda del olvido que ese fastidio de vida exige. Por lo menos la pantalla forastera y el balompié británico que es el fútbol, evitan que nos embrutezcamos en la taberna, que ahora denominamos *bar, snack* o cafetería... — C.

El teatro social nadie puede enfocarlo por ausencia de ideas y presencia de rejas. San José Obrero preside el sindicalismo de Estado y todo pretendido sociólogo debe pasar por la oficina de orientación equivalente al confesionario, que por algo el orientador es cura de sindicato. En costumbres populares nadie puede salirse del «como Dios manda» o como el comandante del puesto exige. El horizonte social es tan cerrado — particularmente en Cataluña — que la resurrección del teatro vernáculo la vemos difícil. Faltan autores y públicos dispuestos a adormecerse. Los Rusñol, Guimerá, Pous i Pagés, Ignacio Iglesias, Adriá Gual, Avel·lí Artís y el propio Federico Soler son apenas representados, y lo que antaño esas firmas provocaban en éxitos ahora son silencios y melancolías. La «tría» se hace bajo presión del sable y consejo del hisopo, por lo que el público catalán recela y acude poco, mientras el otro público — el inmigrado — se aparta por incompatibilidad o por sistema. Las diferencias regionales se amortiguan por temor de unos y por «triumfancia» de otros. Cataluña bajo el franquismo no pierde su habla, pero comprueba cómo disminuye y se adultera. No hay diarios ni revistas, factores de fácil cultura; no hay teatro apenas, o con el vigor necesario para atraer gentíos; no existe un vehículo de ordenación idiomática cual lo dispone el débil Instituto — ¡ni siquiera Institut! — tolerado. Ni las fuentes musicales manan, hollado como está el espíritu expansivo de los catalanes. Cinco premios musicales «Barcelona» han sido declarados desiertos cinco veces, o años; incluso la composición de sardanas palidece, habiéndose creado un patronato para el desarrollo del estilo «cobla» para salvaguardar lo que por fastidio franquista parece abandonan los compositores populares ampurdaneses...

La cultura catalana sufre, en teatro como en todo. Cuando el régimen se cuartece y quiebre, los cultores del idioma no podrán regatear horas de trabajo. — C.

MESA REVUELTA



Una abeja en la oreja de un elefante puede excitar extraordinariamente al paquidermo.

En Orly una gorra aspirada obstruyó el orificio de aeración de un Super Constelación, motivando un retraso de media hora en la salida.



En Barcelona hace tres años un joven casó con una vieja de 79 años para heredarle el piso. Pues la ochentona no muere y cuando pasa el marido en compañía de su costilla oye decir: «¡Para matarlo!»



La modalidad de compras «Sirvase usted» se ha extendido extraordinariamente en Madrid, donde no hay día que no sean detenidas siete damas por haberse servido con despreocupación de controles.



El excursionista 1920 encorbaba por el peso de la mochila. El de 1960 simplifica el equipo... adoptando coche automóvil con remolque y todo.



Lo rico y lo pobre (según Antonio Trullols):

El rico empobrece pensando en la miseria.

Rico de apellido y pobre de sentimientos.

El pobre no quiebra.

Riqueza y miseria, hermanos siameses.

¡Pobre rico!

Pobre e imbécil, ¡qué rico tipo!

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en «SOLL», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^o), es ayudar al Suplemento.

Biblioteca de «SOLL»

Un libro es un amigo útil y provechoso

	N.F.		
«Salvador Seguí» (interesante biografía sobre el «Noi del Sucre»)	3,50	«Refranero Español», precedido de los Proverbios Morales de Alonso de Barros	6,—
«Crónica de un Revolucionario, con trazos de la vida de Fermín Salvochea», Pedro Vallina	2,80	«Las mil mejores poesías de la lengua española» (Ocho siglos de Poesía española e hispanoamericana)	6,—
«Cómo gasta el Estado el dinero de los españoles», Vicente de Sebastián	6,—	«Síntesis de Historia de la Literatura Argentina», Alvaro Yunque (cartoné)	7,50
«Por qué callaron las campanas»	9,—	«Teatro», Alejandro Casona (Tres obras: «La Sirena Varada», «La Barca sin Pescador» y «Los Arboles mueren de pie»)	12,—
«Así cayeron los dados» ..	7,50	«En el taller de la revolución», I. N. Steinberg ..	7,50
(Dos obras interesantes sobre la guerra y el exilio, debidas a la pluma de V. Botella Pastor).		«El mundo es ancho y ajeno», Ciro Alegria. (La lucha trágica y desesperada de una colectividad libre en el Perú) cartoné	12,—
Para conocer la verdad sobre Rusia, leed:		«La Rebelión y varios cuentos», Rómulo Gallegos ..	6,50
«La Revolución Desconocida», de Jean Volin	13,50	«El Señor Presidente», Miguel Angel Asturias	12,—
Documentarse sobre religiones y medio de discutir las puede lograrse con la lectura de:		«El Papa verde», Miguel Angel Asturias	12,—
«Las Ruinas de Palmira» del Conde de Volney	4,—	(Dos aguafuertes del autor de «Viento Fuerte» y de «Hombres de Maiz», en los que relata el drama del pueblo guatemalteco y la rapiña sanguinaria de los truts plataneros).	
La misma obra «cartoné»	6,50	«Problemas y cintarazos», Juan Peiró	1,—
«La Isla de los Pingüinos», A. France	4,—	« Actuelles » (tres volúmenes), Albert Camus	19 65
«Crimen y Castigo», Dostoiévski	4,50	«Albores de la libertad», E. Relgis	2 50
«Obras Completas», de Enrique Rodó	25,—		
«Obras Completas», de Almafuerde	15,—	Giros y Pedidos a Roque LLOP, CCP - Paris 13507-56.	
«Torquemada» (el inquisidor español), T. Hope (tela)	15,—	24, rue Ste. Marthe, Paris (X)	
«María Antonieta», Stefan Zweig (tela)	18,—		

NOTICIARIO

En la próxima temporada de Teatro de las Naciones que se acostumbra a desarrollar cada año en París, la compañía del Teatro Eslava madrileño representará « Yerma » de García Lorca, y una compañía alemana interpretará « Guernica », de Arrabal.

En su afán de aproximarse — vanamente — al pueblo, la Falange de Barcelona, a través de « Educación y Descanso », prepara un concurso popular de sardanas al cual horriblemente denomina «campeonato».

En Perpiñán (Pirineos Orientales) va a ser erigido un monumento público a Jacinto Verdaguer, el máximo poeta catalán, autor, entre otras obras, del poema « Canigó ».

En el Eslava de Madrid la compañía titular ha representado con éxito la obra dramática de Enrique Ibsen, «Casa de muñecas».

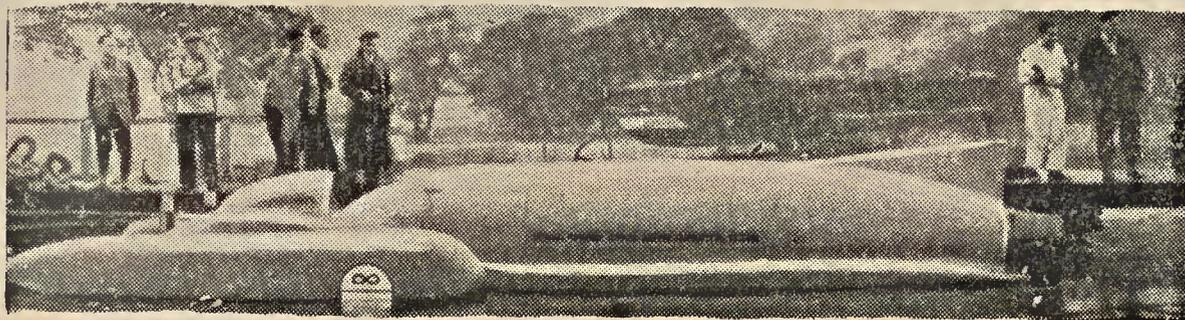
Reina en España una verdadera epidemia de premios «literarios», «musicales», «pictóricos», etc., los cuales terminará por absorber la potente e irresistible firma «comercial» Fundación March, sostenida con dinero de España pasado a la insaciable cámara blindada de Juan March, el Contrabandista. El premio que últimamente estuvo en danza es el «Ciudad de Barcelona» para prosa, poesía, teatro, música, periodismo, fotografía y cinematografía. Característica del Premio: falangista, con cargo al Ayuntamiento.

En el dominio de la Cinematografía, en Madrid se anuncian premios a producciones de corto metraje, para los cuales concurren 25 autores ocupándose de arte, historia, información, costumbres, geografía, sin falta del exceso religioso.

«Solidaridad Obrera» está publicando una biografía muy interesante sobre Raúl Carballera, poeta, prosista, igualitarista, «linghera» en la pampa argentina y ferviente luchador antifranquista en España, muerto por la policía al mando del jefe Quintela en la montaña de Montjuich de Barcelona. Esta inspirada producción histórico-literaria se debe a la sólida pluma de nuestro estimado amigo y constante colaborador Victor García.

La «Imprenta des Gondoles» ha empezado a imprimir el primer volumen de las Obras de Felipe Alaiz. Se trata de la novela «Quinet», a la cual, si todo se desarrolla normalmente, seguirán los tomos II, III y IV, que los amigos de Alaiz tienen previstos.

Nuestro colaborador y amigo Pedro Bosch Gimpera da cinco lecciones sobre «El poblamiento de América» en la Universidad de París.



EL EMPUJE DE LA CIENCIA. — Bólide terrestre capaz para 400 kms. hora

Arte y Artistas



El arte pictórico de Cossío del Pomar

TODA la obra de Cossío responde al gran deseo de captar el alma del paisaje viviente y gimiente en el panorama universal del indio que le sirvió de tema en el período del último cuarto de siglo. Miembro honorario del Salón de los Artistas franceses e identificado con los modernos estilos, ha impreso a su obra el sello expresionista que le singulariza. Como resultado de sus exposiciones en las capitales más importantes europeas, parte de sus lienzos figuran en los Museos de Arte Moderno de Madrid y Nueva York, de la I.B.M. también de Nueva York, en el Museo de Ica, en la Pinacoteca Municipal de Lima, en el Museo de Harrisburg de Filadelfia y en colecciones particulares de Lima, Caracas, Buenos Aires, México, Montevideo y Madrid.

Investigador analítico, el Diccionario de Artistas Modernos, aparecido en París, lo registra como un artista comprensivo que «penetra teóricamente en el panorama plástico del arte moderno contemporáneo, sabiendo extraer de él la esencia que destilan corrientes y escuelas significativas por su sentido calificador. Sabe captar la síntesis de los objetos que dominan la escuela del mundo de anteguerra y postguerra. Se adentra en sus múltiples secretos, en sus técnicas disímiles y en su simbolismo o expresionismo real u objetivo». Sea cual se pretenda la ubicación estética de Cossío, lo evidente es que todo él como pintor y crítico de arte, es un disconforme consigo mismo. Plasma lo que observa, humanizándolo, perfeccionándolo estéticamente, respondiendo al sentido que Elie Faure inspiró a su obra labor histórica. «No se asuste de su inteligencia. Lo que mata no es aprender; es la falta de no sentir lo que uno aprende. No hay héroe del arte que no sea al mismo tiempo héroe del conocimiento y héroe humano del corazón. El arte traduce las abstracciones que revelan la solidaridad de las cosas entre sí y de esas cosas con nosotros.»

Quizás las palabras del recluso poeta historiador del arte, que fué Elie Faure, hayan contribuido a definir la vocación de Cossío del Pomar, sobre todo en razón de su carácter temperamental tan ricamente poético. Con mayor razón si admitimos su lugar de nacimiento, en plena cordillera cuyos pliegues borjaron las razas aborígenes retenidas étnicamente en el mundo quechúa que iluminaron su infancia. Y ello explicaría entonces el porqué a su regreso de Europa se consagró a darnos una vida propia, interpretativa de los «Andes peruanos, del escenario donde vive una

raza fuertemente ligada a la historia del continente americano» que dió origen a una civilización y que junto con la maya y azteca cubrieron un día el lago espiritual que parte del Cabo de Hornos hasta California.

Fundiendo la figura con el paisaje, este gran pintor nos proporciona una imagen tierna, de humilde bondad que tienen los ojos de los personajes. Es la última expresión que conmueve a las bestias de los cuentos. Interpreta su pintura el sentimiento místico de los habitantes del alto Perú. Re-

mo un capullo de la rosa.

Las poblaciones que Cossío del Pomar resucitó y a las que dió hospedaje de eternidad en sus lienzos, conservan algunas de las costumbres heredadas del incanato, mezcladas con las originarias de la cultura dogmática y católica. De esta civilización importada que entró al continente de tierra firme con las gabarras de Pizarro. Desde allí a nuestros días triunfantes, lo que tenían de singular fué corrompiéndose al grado de mayor elevación y trasfundidas al alma popular con ingre-

queza expresiva, está su «Gargayoc» y el «Pastor vestido de gala», cuya figura engrandece el paisaje. No en balde Cossío, como pintor de retratos, alcanzó uno de los primeros puestos entre los artistas contemporáneos.»

Su estilo de influencia modernista le imprime a su obra el movimiento y soltura tan suyos, respecto del cual presumo que la crítica contemporánea no se ha detenido suficientemente en su estudio. No importa que su pintura no tenga continuadores sobresalientes. El autor ha volcado el caudal de su emoción en esta obra. Siguiendo a los grandes maestros, ha cumplido con su promesa de hacerse presente ante los acontecimientos del siglo y contribuir con su saber al impulso del progreso estético que en las dos últimas generaciones particularmente nos enseñó a calar más hondo, a profundizar en el sentimiento artístico, enseñándonos a ver el mundo con una sensibilidad intensa y emotiva.

Como escritor y crítico de arte, presenta Cossío del Pomar una obra que la singulariza, por amplitud de conceptos entre los historiadores contemporáneos del arte americano. Como sociólogo, ha logrado presentar los fundamentos de una interpretación artística al identificar la figura con su historia y su paisaje para que a través de la imagen material hablara el alma. Sus figuras son de humilde porte físico, pero se agigantan espiritualmente ensombreciendo cerros y cordilleras. Su obra como pintor y crítico de arte, ignora las batallas de Junín, Chacabuco y San Lorenzo, episodios cuya intrascendencia ya olvidó la historia. Cossío no es un continuador de errores. El tiene sus propias ideas sobre la estética, y se rebela contra la intelectualidad cotizada. Para él, la batalla que ha de conducirnos a la victoria la estamos librando todos los días, desde que el sol nos alumbraba. Como habitante de los Andes, su labor es monumental. Sus figuras pictóricas, a poco que nos detengamos ante ellas, observamos su grandeza. Gigante en su pensamiento al pretender abarcar el todo conocido en el mundo de las disciplinas humanas, y de ahí que, también por una razón de vecindad cordillerana, su cultura se presenta como producto integrante de tal medio ambiente. La obra total de Cossío trae un antecedente histórico de quinientos años, es decir un período cíclico completo. Sobre las ruinas de este pasado ya se vislumbra el curso evolutivo de una civilización nueva como observamos en el arte, literatura y arquitectura americanas.

CAMPIO CARPIO



El indio, en su resignación eterna

gistra la permanencia de entidades humanas desplazadas del medio ambiente civilizado. Refractarias muchas de ellas al contacto con las poblaciones del llano o de la ribera, o rehuido por éstos, viven los problemas interiores a la manera de antes, de hace más de quinientos años, cuando el dolor era tal porque dolía y no era menester factura ni propaganda publicitaria para morir y para vivir el amor que nacía y florecía co-

dientes depurativos.

Cossío del Pomar reconstruye en su parte anímica la vida que aparece moviéndose en los mercados indígenas, en las calles del poblado, en la sierra, el valle, que son lugares de desplazamiento del indio actual. Y lo hace trasfundiendo unclón ecuménica que emerge de la «Tristeza quechúa», rostro monumental como el Ande mismo que le enmarca. En sentido opuesto, si bien con igual ri-